

La ciudad. Las Múltiples ciudades.

Filardo, V; Aguiar, S; Cardeillac, J.; Farías, E. Noboa, L.

Introducción

Este documento toma como insumo principal la ponencia presentada en las Jornadas de Investigación de la Facultad de Ciencias Sociales, en la Mesa: “*Diagnósticos urbanos, sujetos y ciudades*” en octubre de 2003. Esta ponencia a su vez es producto de un largo recorrido de reflexión y experiencias de investigación, difícil de encuadrar en los cánones institucionales, por un grupo de trabajo integrado por docentes, egresados y estudiantes del Departamento de Sociología de FCS, en lo que nosotros evaluamos una experiencia rica, valiosa y replicable.

Este recorrido, que es necesario plantear como antecedente del trabajo, se inicia en una propuesta curricular de trabajo colectivo, con monitoreo docente “tradicional”, continúa en un proceso de trabajo que se mantiene a lo largo del tiempo en diversas instancias y elaborando diferentes productos, que van desde la publicación de un libro¹, presentación de ponencias en diferentes congresos², múltiples conferencias y participaciones en mesas redondas³ sobre los temas que trabajamos, e investigaciones empíricas que también tienen diferente grado de formalización institucional: desde convenios FCS-UDELAR-FUCVAM, por ejemplo, -sobre juventud en las cooperativas-, edición de un video sobre Tribus Urbanas, diseño de una página web donde están publicados algunos de los productos del grupo⁴, e intercambios con otros equipos de investigación integrados también por docentes y estudiantes, particularmente con la Facultad de Arquitectura.

La organización conjunta de la FCS y Facultad de Arquitectura del Taller “miradas urbanas” en octubre del 2003, cobra especial significación para este trabajo en concreto, puesto que uno de los objetivos que nos planteamos en esa instancia fue el intercambio recíproco sobre las diferentes formas de mirar la ciudad y los procesos urbanos, enfatizando en los espacios públicos y su uso, desde la arquitectura y en particular del urbanismo y desde la sociología, a partir de nuestra experiencia.

La co-organización de ese taller interdisciplinario realizado en la Facultad de Arquitectura, responde al convencimiento mutuo de la necesidad de afianzar los lazos interinstitucionales y transdisciplinarios y avanzar fortaleciendo el trabajo en común, en buscar “lugares comunes”, (lo cual significa también reconocer las diferencias), frente a la diversidad de formas de mirar, ver, y trabajar la ciudad.

¹ Tribus urbanas en Montevideo. Nuevas formas de sociabilidad juvenil. Ediciones Trilce 2003 2° edición.

² IV Coloquio de transformaciones territoriales. Ponencias: “La apropiación juvenil del espacio urbano a través de diferentes generaciones.” y “Las nuevas formas de la arena.”

³ Por ejemplo: Conferencia en Mesa Redonda del sector académico publicada en Hacia la elaboración de un plan estratégico de Adolescencia y Juventud. Talleres trabajos y discusiones. Junio- Diciembre 2003. Mesa Consultiva para la elaboración de un plan Estratégico de adolescencia y Juventud, Comisión de Juventud de Descentralización. Intendencia Municipal de Montevideo. Págs 33-39. Juventud y violencia. Mesa redonda organizada por centro Cultural Dodecá en julio 2003, Conferencia “Cultura(s) y juventud(es)”, en ciclo de conferencias en el marco de Congreso para docentes de Profesores de Secundaria y UTU por ANEP, en setiembre 2003, etc..

La experiencia del taller “miradas urbanas” en la Facultad de Arquitectura, supuso una reflexión intensa (reflexividad sobre lo hecho), como producto y como proceso, y este documento de alguna manera lo refleja. Se estructura de la siguiente forma: en primer lugar habla de las miradas disciplinarias a la ciudad como sistemas observadores, en el sentido de Luhmann y de Arnold (1999). A posteriori ubica dentro de ese sistema observador, determinadas categorías de “distinción” que fueron las que nosotros utilizamos, como una de las posibles, reconociendo la diversidad incluso al interior de una disciplina.

En segundo término se trabaja sobre la ciudad, y en particular en lo que llamamos “la ciudad habitada”, concepto que refleja la intención de estudiar los usos y significaciones que tienen para los sujetos que la habitan tanto ésta, la ciudad como un todo, como determinados lugares, dentro de ella. Se focaliza después, en los espacios públicos, como espacios de encuentro y reconocimiento “del otro” o de los “otros”, que tanto sea con intenciones o estrategias de apropiación, o simplemente de uso, se distinguen. Discutimos acerca de lo que estos espacios implican en torno tanto a la “publicación” de identidades y a la “privatización” si no de los lugares al menos de los usos que se hace de ellos. ¿son espacios de integración?, ¿de segregación?, ¿de conflicto?.

La perspectiva de las relaciones de edad en tanto un clivaje relevante para entender los usos y las apropiaciones de la ciudad y en ella de los espacios públicos, es el objetivo que se plantea el trabajo en general. Por lo tanto, se detiene en explicitar esta perspectiva y en justificar su pertinencia, para el estudio de las *ciudades habitadas*.

No puede hablarse de usos y apropiaciones de la ciudad o de lugares urbanos si no es a partir del cruce de las dimensiones espacio y tiempo. Ambos requieren la presencia en el análisis y la unidad espacio-temporal hace que tenga sentido tanto la noción de uso como de apropiación y/o de conflicto o reconocimiento y aceptación del “otro” o “de los otros” en esos usos y apropiaciones. La construcción de “territorios urbanos” lleva implícita, tiene incorporada, diríamos incluso “naturalizada”, la dimensión temporal en los espacios. Vale la pena también detenerse en estos procesos desde un punto de vista analítico para ver cómo el tiempo juega en la construcción de los lugares, tanto como en la construcción de las identidades. Así también en los vínculos que se establecen a lo largo del tiempo, entre los sujetos con los espacios urbanos y la ciudad, y con los “otros” a medida que el tiempo transcurre, que (con)figuran también relaciones de edad de los sujetos.

Trayectorias urbanas, trayectorias vitales, y las trayectorias de esas trayectorias, inscriptas en la historia, -además- son parte de la reflexión sobre algunos de los hallazgos empíricos que hemos encontrado en el proceso de estudio, que en ocasiones priorizó una perspectiva sincrónica (las tribus urbanas en el comienzo del siglo XXI en Montevideo) y en otras enfoca a las transformaciones que, en las subjetividades de quienes habitan la ciudad, tienen sobre determinados lugares y el uso y la apropiación que hacen de ellos, tomando en cuenta la dimensión temporal: es decir en una lógica diacrónica⁵. Aunque en forma preliminar, la intención es compartir algunos elementos de los ejes teóricos en los que creemos hemos avanzado.

⁴ www.geocities.com/geugweb

Finalmente planteamos algunas interrogantes que podrían llegar a ser líneas de investigación en el futuro, a partir de lo que hemos estudiado y sobre todo de lo que pretendemos seguir haciendo.

Considerado como “publicación” también queremos con este documento “mostrar” un *producto*, que es resultado de un *proceso de producción* que creemos que también vale la pena “hacer público”, hacer aparecer, confrontar con los “otros” posibles. Es sin duda un producto colectivo, que excede a los que firman este trabajo en concreto, e incluye en tanto proceso a un grupo más amplio, que a su vez firman otros productos, pero en el que cada uno de ellos sería imposible sin los otros. Es también el resultado de un recorrido que hemos construido y reconstruido y sobre el que –afortunadamente- seguimos construyendo, reconociendo, y reflexionando.

Las miradas a la ciudad.

¿Cómo puede mirarse una ciudad? ¿Cómo leerla?

Se puede ver como un conjunto de edificios, desde su patrimonio histórico, desde su conectividad, desde la relación que establece con su entorno inmediato, desde su memoria, por su patrimonio cultural, intangible, por su ubicación geográfica, por la cercanía a otras ciudades, a la frontera, por su tamaño, por su densidad, por su segregación socio-espacial, por los servicios que tiene, por su producción, por sus recursos, por la accesibilidad y podríamos seguir incrementando la lista.

Originalmente la ciudad estaba definida por sus bordes, sus fronteras; hoy las ciudades desdibujan sus formas, se extienden, hablamos de la mancha urbana, existen los planes directores que desde la lógica de la planificación urbana por ejemplo, determinan para dónde y cuánto puede y debe crecer la ciudad.

Además están conectadas entre ellas, y cada una con el mundo global, que las penetra, invadiéndolas, cuestionándoles cualquier pretensión de autonomía. La tradicional categoría diferenciadora “urbano-rural” no da cuenta adecuadamente de ésta situación, y se han inventado una abundante serie de términos intentando cubrir las posibilidades intermedias, “periurbano, rururbano, suburbano”, asimismo se han generado también otros conceptos para diferenciar a las ciudades: hablamos de “metrópolis, megalópolis, ciudades intermedias, etc.”

Cuando hablamos de mirar, necesariamente debemos pensar desde dónde miramos. Luhmann habla de los “sistemas observadores”. Esto significa que las distintas disciplinas que trabajan con la ciudad/las ciudades, las miran de forma específica, desde un sistema observador. ¿Qué es un sistema observador? Una manera de mirar, desde determinadas categorías que estructuran nuestra mirada, desde determinadas formas de “distinguir” cosas diferentes. Por ejemplo: al mirar a un conjunto de personas, un “humano” *distingue* - naturalizando esa distinción, es decir considerándola como propia de la “naturaleza” y no de su forma de mirar - a los individuos como hombres y mujeres, lo cual señala una distinción

⁵ Ver “La apropiación juvenil del espacio urbano a través de diferentes generaciones” 2002.

entre esos seres. Pero si por poner un ejemplo *radical* fuera un marciano⁶ quien mirara al mismo conjunto de humanos, y sus categorías de “distinción” fueran otras podría “distinguir” a esos seres no entre hombres y mujeres, sino por el color o la intensidad del aura de cada uno. Su sistema observador sería otro, así sus categorías de distinción, de clasificación “naturalizadas” también, y así, por tanto, lo que “observara”.

Estamos acostumbrados a mirar las mismas cosas pero verlas diferente en función de los sistemas desde los que observamos, por eso, las observaciones dicen más de los observadores que de lo observado. En esta línea de razonamiento, Luhmann afirma que cada disciplina define (y se define por) un sistema observador específico.

Es obvio que ni desde la arquitectura existe una única mirada de la ciudad, ni desde el urbanismo, ni desde la sociología. Pensar en establecer una “normativa” acerca de cómo mira la ciudad cada disciplina, no sólo sería utópico, sino ridículo. Por eso, la intención no es mostrar cómo mira la sociología la ciudad, sino enfocar sólo en cómo la miramos a lo largo de este proceso de investigación, y en particular, o al menos en un inicio, cuando hicimos el trabajo sobre Tribus Urbanas. También reconociendo que fue un proceso no lineal, que no nos propusimos en el origen de las investigaciones una mirada predefinida, sino que ésta fue surgiendo, emergiendo, más bien a posteriori de haber trabajado con las tribus urbanas. Esto no significa que sea la única forma de ver la ciudad desde la sociología, más bien al contrario. Desde el punto de vista disciplinario, tal vez es mucho más frecuente el análisis de cómo se organiza la ciudad desde el punto de vista socio-espacial (lo que se estudia como segregación), el acceso a determinados servicios urbanos, la participación en la gestión urbana, la constitución de ciudadanía, los derechos sobre las decisiones que atañen a la ciudad, etc. También se estudian los imaginarios, las estrategias para conducir la emergencia de unos y no otros en función de determinados objetivos, los gobiernos locales, los movimientos urbanos, etc.

Este trabajo se propone entonces, presentar *esa* mirada de la ciudad de Montevideo, que no pretende ser la única, sino sólo la que emerge del recorrido realizado. Creemos que no hay una única ciudad, que más bien “se construyen” ciudades en función de cómo se las mire, desde las categorías con que se las observe. Pero ninguna mirada nunca será suficientemente abarcadora, ni verá la ciudad toda. Por eso no hay una única ciudad, sino múltiples. Tantas como miradas posibles.

Conceptualización de la ciudad: la perspectiva del habitante y el nivel de los usos

Las ciudades son uno de los “espacios” por excelencia en los que se desarrolla la actividad humana actual.

En una división quizá demasiado tajante y por tanto arbitraria, podemos separar gran parte de las categorías referidas a ellas en dos grupos: aquellas que destacan el carácter de la

⁶ Al usar el término “marciano” se hace referencia justamente a un ser no-humano, no terrestre (“creado por nuestra imaginación”) o sea que mira a los humanos desde un lugar “no-humano” vale decir “no naturalmente humano” lo que significa “desde otras categorías de distinción”, mira desde un sistema observador diferente al que se considera “inherente al ser humano”. Siguiendo el ejemplo no cambia el conjunto de personas (el objeto observado) sin embargo es diferente lo que ve un humano y el marciano de o en ese objeto.

ciudad como un todo, como una figura en la que se desarrolla privilegiadamente eso que se ha dado en llamar "sociedad de la información", y otra visión que privilegia la ciudad como espacio vital, en el que tienen lugar, por lo menos en tanto "escena" múltiples actividades sociales, la *ciudad habitada*. Esto es; los trabajos de la ciencia social que toman como objeto a la ciudad, resaltan en forma casi inevitable algunos aspectos, en su pretensión de explicación de la sociedad en estos conflictivos tiempos que corren, y dejan de lado otros. Una distinción fecunda en este sentido pasa por diferenciar entre una "lógica de la urbe" y una "lógica del habitante".

Nos centraremos en este documento en el último punto de vista mencionado, en acuerdo con el profesor Edward Soja⁷, quien sostiene que "los análisis -de los enfoques urbanos y espaciales- han quedado anclados en la macro descripción de procesos de desarrollo y urbanización de cada sociedad, sin considerar la material condición de (...) quien habita las ciudades".

La importancia en los análisis desde la sociología urbana de la perspectiva de los usos⁸, de la ciudad como espacio vital, parte de considerar a la misma no como un receptáculo vacío donde transcurre la práctica humana, sino como producto y productor, como modulando y modulada por esa práctica. Y a su vez, en este nivel podemos distinguir entre dos momentos: un acercamiento "administrativo" a los usos del espacio, y otro "vivencial", a la ciudad vivida o habitada.

El acercamiento administrativo

Los paradigmas desde los que se suele pensar la ciudad promueven un ordenamiento territorial -en un sentido amplio- basado en la estructuración del espacio según una lógica diagramadora y a partir de un principio -la razón- que se propone universal. Una lógica congruente con la construcción del Estado moderna, que terminó por administrar la multiplicidad en beneficio del código oficial.

La ciudad es el espacio por excelencia del "interés público": los primeros tributos comunales, contribuciones, nacen con el financiamiento de la muralla⁹. Así, en la ciudad se desarrolla una forma de administración del espacio particular, indisolublemente articulada con la vida moderna, que se cimenta en el "bien público", se propone "lógica" y "razonable", administrada por expertos en nombre del "interés público", vinculado con la "violencia simbólica" en tanto su componente necesario. Con ello accede a adquirir una personalidad legal que está por encima de sus miembros.

Podemos situar una línea originaria de esta pretensión administrativa racional de lo urbano en la crítica de Descartes a "...aquellas antiguas ciudades, que al principio fueron villorrios, y se convirtieron, por la sucesión de los tiempos, en grandes ciudades (que) están tan mal compuestas, que (...) se diría que es la casualidad más que la voluntad de los hombres

⁷ (University of California, Los Angeles)

⁸ El uso no debería entenderse como una noción que exige o implica un acercamiento conductista. Todo uso, en tanto apropiación y usufructo del espacio implica un sentido, consciente, inconsciente o atribuido, que es *parte constitutiva* de los usos.

⁹ Pirenne H, "Medieval cities: their origin and the revival of trade" 1925, en "Breve historia del urbanismo, Fernando Chueca Goita, Alianza editorial, Madrid, 1968"

usando su razón, la que las ha dispuesto de esa manera¹⁰, o en la ciudad *arti fato* estético, que encontramos en los mayas, por ejemplo, pero que se generaliza y universaliza en el occidente europeo del siglo XVII, o en la reacción preventiva frente a las grandes epidemias bubónicas que describe, por ejemplo, Foucault¹¹.

La ciudad vivida

Pero la ciudad, en tanto "lugar de lo social", puede –y debe– ser comprendida como un espacio de negociación vinculado con procesos más amplios –y más pequeños– pues sus residentes son diversos y en la medida en que los lugares, aunque existe una ideología emanada del punto de vista de los espacios dominantes, no son visualizados por las diferentes personas de la misma manera. La apropiación y el uso de un lugar concreto como "escenario" implica la atribución por parte del actor de una identidad que puede –y suele– no ser *idéntica* a la de otros agentes interesados, y en consecuencia no es unívoca.

Lo que ocurre *efectivamente* en las ciudades es el resultado de una multitud de decisiones llevadas a cabo de manera formal e informal por diferentes actores y fuerzas contrapuestas, organizados con mayor o menor éxito en un set up institucional que intenta controlar los conflictos emergentes. No existe ningún actor o grupo de actores específico capaz de detentar el control completo sobre las decisiones urbanas y las dinámicas sociales que allí toman lugar. En este sentido, la governance de las ciudades es un proceso continuo e inacabado en el que incluso los actores que forman parte del juego varían de acuerdo a la forma que en que la ciudad se re-produzca a sí misma.

Una recolección y discusión de las representaciones de la ciudad y de la vida urbana actual debería responder a un proyecto más amplio que consiste en realzar "la problemática espacial" que organiza todo proceso cultural. Se contrapesa así la tendencia a reducir el análisis estético y cultural a una reflexión histórica –a lo largo del eje del tiempo–, o a una reflexión en torno a la estructura de poder institucional –vertical– que, a causa de lo que Edward Soja llama "la ilusión de la opacidad" y "la ilusión de la transparencia", no presta atención a la estructura y a la dinámica horizontal, espacial, que articula el proceso histórico, el modelo cultural, quedando de este modo muchos fenómenos culturales sin poder ser visualizados, o sin poder ser explicados.

Desde el punto de vista del habitante, la **ciudad** es un "lugar" en el que se sitúa la relación de sus ocupantes consigo mismos, con los otros y con su historia; cada ciudad es al mismo tiempo una presencia extraña y permanente en la vida cotidiana de la gente, un discurso, como dice Roland Barthes, que interpela a cada sujeto que la habita, una experiencia (en un sentido vivido y/o imaginado) a la que a su vez éstos interpelan, y en la que plasman su propia identidad.

Proponemos que la ciudad es legible entonces en un nivel cultural, al generarse múltiples maneras distintas de "usar" el espacio en el que los habitantes cohabitan. En virtud

¹⁰ Así, "todavía en el s. XVII la historia no tiene nada que ver con la razón, incluso se opone a ella parece - agrego yo, como en realidad un poco es- obra del azar" y agrego, insisto, del azar de las luchas. Las citas son de "breve..."

¹¹ citar.

de las diversas experiencias urbanas subjetivas es posible hablar no sólo de ciudad, sino como se mencionaba al principio en términos de ciudades. Se trata de pensar la realidad además de como cosas manipulables o hechos sensibles, también como significados, plausibles de ser modificados en función de la experiencia. Por lo cual, una cosa puede tener diferentes significados, ser “diferentes cosas” para los diversos sujetos (individuales o colectivos).

Sin pretender una conceptualización exhaustiva, la noción de que la **cultura** "es la suma total integrada de rasgos de conducta aprendida que son manifestados y compartidos por los miembros de una sociedad"¹² parece destinada a sufrir un desgajamiento en favor de comprensiones más tendientes a la cultura "entendida a partir de la práctica" propuesta por autores como Giddens y Bourdieu, que nos permite descubrir no la homogeneidad, siempre construida y siempre ideológica (reificación superorgánica"¹³) sino las diferencias, la variedad.

¿Cómo acercarse al estudio de la apropiación e interpretación de los espacios de la ciudad? Los cambios en la cultura que diagnostican las propuestas relativas a la noción de postmodernidad enmarcan una creciente variedad en la atribución de significados a los lugares, y casi en consecuencia la existencia de conflictos entre los diversos actores interesados en definir el sentido de pertenencia o exclusión y los usos e interpretaciones que se hagan de un territorio: se comienza a enfatizar en las tensiones por los contenidos polisémicos que se le confieren a los espacios y la lucha que, a este nivel interpretativo, se entabla entre los saberes y poderes que cohabitar. La atención a formas *diferentes* de ver y usar el espacio, complejiza todas estas discusiones -ciudadanía, política, racionalidad, este carácter de administración vinculado a las ciudades¹⁴. Cuando la razón estalla y deja de ser única, aparecen nuevas voces, nuevas racionalidades asociadas a heterotopías, a distintas maneras de ver el mundo que implican diferentes objetivos, énfasis y prioridades.

Se trata de ver a la ciudad en términos de **territorios culturales**; regiones que engloban mundos sociales distintos; no sólo de espacios habitados por determinados grupos sociales, sino de distintas formas de habitar un mismo lugar, lo cual implica conflictos, negociaciones, aceptaciones, etc.

En síntesis, la vida urbana se origina mucho más allá -o más acá- de las ciudades, y no refiere únicamente a lo técnico-arquitectónico, o al diseño y planificación urbana. Se hace tangible y concreta en la vida cotidiana, se puede visualizar y comprender mejor al hablar de las ciudades, o en general, del orden espacial -real y simbólico- que organiza la experiencia social y sensual. En ocasiones, este “más allá” se expresa representando la vida urbana como "una locura", como un conjunto de rutinas cotidianas absurdas y autodestructivas, y a la ciudad como una divinidad autónoma y supra humana -hija de la locura colectiva-, monstruosa, enajenada y voraz.

Los medios de comunicación de masas han sido los tradicionales instrumentos, el *discurso* a través del cual la ciudad ha sido mapeada para sus habitantes o visitantes en su

¹² Murdok, 1985, p.231

¹³ C. Geertz, 1987

¹⁴ Es interesante destacar que de alguna forma esta idea está incorporada en la planificación urbana. Los espacios públicos por ejemplo, requieren ser “multifuncionales”, sin embargo lo habitual es planificar las varias funciones que eventualmente pueden cumplir y los diversos actores y sujetos que eventualmente los van a usar.

dinámica cotidiana. A través de estos medios, la ciudad adquiere forma ordenada y orientadora que de otra forma sería inabarcable por una sola experiencia. Pero la multiplicidad de experiencias presentes es lo que define el carácter ecléctico de las grandes urbes, “escritas” a través de la confluencia de innumerables relaciones sociales impredecibles en su complejidad y unicidad. Así, en general en los espacios públicos¹⁵ suele haber elementos de coherencia interna consensuados, pero también disputas entre “...los intereses diversos, en tensiones o en conflicto, de los actores interesados en definir el sentido de pertenencia o exclusión, o los usos que se hagan de ese territorio”¹⁶. Por ejemplo, la cultura de la calle es un elemento que permite, al validarse, una contracara de la administración del espacio, que ampara procesos de des-colonización al establecer una lectura sobre la forma en que las ciudades y sus habitantes se insertan en el orden global, quizá desde sus márgenes.

Para dar cuenta, específicamente, de las múltiples lecturas de la ciudad, es útil retomar por ejemplo el concepto de *Mapas cognitivos* que maneja Fredric Jameson (1991), que apuesta a conocer los trazos, las ordenaciones subjetivas del mundo urbano que el sujeto construye a partir de la complejidad. La existencia de lugares de especial afectividad, intensidad o lealtad para los habitantes, permite dibujar diferentes ciudades, diferentes lecturas de la ciudad. No son sólo los puntos de referencia, sino también la forma de organizarlos, que refiere a las distintas formas de vivir la ciudad.

La vivencia de la ciudad puede abordarse a partir del concepto de *cronotopos*¹⁷, el cual hace referencia, en oposición a la ciudad ordenada globalmente, a los modos diferenciales de articular el tiempo y el espacio, o sea, *al uso*. Así, algunos espacios pueden ser entendidos por el que los transita como, por ejemplo, “doméstico-comunitarios”, es decir, localizados, de lazos fuertes, de intensidades, de un habitar prolongado, y otros pueden ser espacios de errancia o de tránsito, menos intensos, más ajenos. De tal suerte, estas diferenciales maneras de articular el tiempo y el espacio, dan cuenta de representaciones distintas en función de la experiencia de lo urbano.

También, y en tanto el uso del espacio desde una perspectiva cultural no sólo refiere a ellas mismas –a cada cultura o, si se quiere, “subcultura”–, sino que se define y pone en práctica en un conjunto complejo de elementos, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas y morales, resulta esclarecedor el concepto de *dispositivo*, acuñado por M. Foucault, aplicado al espacio y a la ciudad. Así, la ciudad se trataría de un dispositivo complejo que trasciende la naturaleza físico-ambiental, las intenciones diagramadoras y las percepciones de cada habitante, para adquirir significados relacionados con el más amplio espectro de la actividad humana, en tanto apoyada en un conjunto de lógicas fundadas en saberes y poderes diferenciales –avolitivas–; no hay grupos, instituciones o individuos que dirijan el dispositivo.

Lefebvre, partiendo de premisas parecidas, y resaltando el status de “superobjeto” de la ciudad (que implica su constante transformación, lo ficticio o construido de la noción de “totalidad” de la ciudad y, sobre todo, la multiplicidad de sentidos y tiempos) se hacía una

¹⁵ También en los espacios privados -los hogares, por ejemplo- podemos diagnosticar conflictos o tensiones interpretativas, incluso es marcada la influencia del vector generacional, pero nos centramos en los públicos.

¹⁶ Safa, 1998, p. 174.

serie de preguntas claramente relevantes: ¿hemos de consignar todas las representaciones existentes sobre un determinado espacio urbano?, ¿o en cambio, en aras de la factibilidad, remitir a las visiones "mayoritarias"?, ¿cómo escapar entonces de la ideología dominante, que esconde las relaciones de dominación insitas en lo social?

Para partir del carácter múltiple, situado y necesitado de *traducción* de la cultura en los tiempos actuales, sin caer en la discusión de mapas cognitivos individuales, consideramos saludable ordenar el análisis culturalmente configurado del uso del espacio estableciendo cortes culturales y señalando las diferentes connotaciones y lecturas que un lugar tiene para distintos grupos, como bien nos enseñan algunos estudios antropológicos. Si bien esta concepción del espacio urbano arroja nueva luz en los estudios de las sociedades locales de los territorios postcoloniales¹⁸, en tanto en éstos interactúan culturas con matrices interpretativas de lo local claramente distintas y en conflicto, el trabajo en torno a las diferencias entre grupos de población en el uso de la ciudad a partir de cortes prefigurados teóricamente (de clase, o de género), han motivado acercamientos teóricos en torno a presupuestos parecidos, pero otros cortes conceptuales como "incluidos y excluidos", "jóvenes y viejos" o "subculturas y sistema" que permiten visualizar formas diferentes de "usar" la ciudad, distan de estar entre los criterios fundamentales desde los que se administra la ciudad como "áreas periféricas y áreas centrales".

Los actores que intervienen en la disputa cultural de la cohabitación son entonces diversos, y podemos ordenarlos en torno a categorías como la clase social, el género... siendo factible incluso llegar a proponer que todo rasgo estructurador del habitus -desde la etnia hasta el capital cultural, por ejemplo- puede (en tanto forma diferencias delimitadoras de grupos y "distingue" -del resto, del entorno- en función de características especificables) llegar a ser un corte que establezca diferencias en la identidad que se le atribuye a un lugar concreto.

El espacio público

El espacio público es una invención posterior y tributaria de la de urbe o ciudad: ese artefacto social –no político, ni administrativo, ni económico, sino todo eso a la vez, como un *hecho social total* en el sentido de Mauss (año)- que maximiza la cercanía geográfica, entre las personas más distantes socialmente.

La expresión o síntesis más acabada, e imposible, de un artefacto tal, es el espacio público como escenario micro de esa definición. Este espacio es un lugar de tránsito, de encuentros y desencuentros, que se sostiene en la tensión de socialización y re-socialización. Es un espacio de vacilaciones, de dispersión, de una desorganización que es inherente a todo proceso de adaptación, y que, por lo tanto, es creativa.

Más aun, enfatizamos en una mirada al espacio público como escenario de procesos de construcción de identidades. El uso del espacio público, como podría ser una plaza, ya sea

¹⁷ Muñoz, Sonia; en Margulis *et. al* 1998.

¹⁸ También ilustra de una manera menos etnocéntrica los fenómenos de inmigración en las culturas del hemisferio o cuadrante nor- occidental.

como lugar de tránsito cotidiano hacia el lugar de trabajo o como lugar de encuentro de un grupo de jóvenes, vehiculiza y es expresión de construcción de identidades: esto es, permite visualizar la doble dinámica de “territorialización” del espacio¹⁹ y de publicación (en el ejercicio de identificación y diferenciación en “el otro”) en esa construcción.

Dicho de otro modo, esto comprende, por un lado, la transformación de espacios supuestamente “de todos” en territorios -en espacios colonizados física o simbólicamente-, que implican la localización de lo que no es uno mismo, y por tanto una “frontera” o clausura. A su vez, la vacilación y el temor al que somete el espacio público no es plausible de supresión legal: es el temor de enfrentarse con el extraño y la fascinación de reconocerse en él, es la interpelación de la publicación de uno y del otro.

Al decir de Isaac Joseph, los espacios públicos ambientan el surgir de pequeños mundos de excentricidades tranquilas, constituyen una pluralidad de nichos o “aldeas” que no son vestigios de un pasado sino efectos de una sociedad fragmentaria, la “aldea” urbana es una resistencia a la atracción del centro. Por ese motivo, sigue el mismo autor, la formación urbana del investigador debe ser ante todo ingenua, para captar las cosas mismas, debe ser una mirada que se permita el momento de la fascinación ante lo social *in status nascendi*.

Cierto es que los territorios en tanto espacios de interacción o sociabilidad cargados de sentido, son reservas y lugares cerrados, en espacio o tiempo, cuya función es privativa. En esta línea, se habla, tanto desde una especie de nostalgia miedosa y condenadora como desde un supuesto “deber ser” a la vez normativo y normalizador, de un aumento de lo privado, o de la privatización o apropiación de ciertos espacios²⁰.

Lo que hace posible los usos y apropiaciones diferenciales de los espacios públicos por algunos habitantes es un excedente de sociabilidad que no puede vehiculizarse por los canales institucionalizados o familiares del entramado de relaciones “naturales” o evidentes que nos envuelven cotidianamente, como la familia, el trabajo, la escuela, el liceo y en general “las instituciones”.

Analizar el espacio público desde la perspectiva de los usos permite visualizar la expresión de resistencias a la normalización y las relaciones microfísicas de poder. Esto es, cómo los usos trascienden, tarde o temprano, la ilusión de las pre-configuraciones administrativas que pretenden acotar un espacio a determinadas funciones con sentidos determinados. Por otro lado, se manifestará como un espacio de agonística, de luchas urbanas entre modos y estilos, pero que no destruyen gran cosa²¹.

Los cortes analíticos (de clase, sexo, edad) desde los cuales se defiende acercarse a la apropiación de los espacios y los conflictos, negociaciones, cooperaciones que surgen de y en los mismos, son en última instancia y como se señaló más arriba, una “selección arbitraria”. No obstante, consideramos que el trabajo acumulado hasta el momento en relación con la apropiación del espacio y su cruce con una sociología de las relaciones de edad abren una perspectiva interesante para la interpretación y comprensión de las dinámicas urbanas.

¹⁹ En tanto espacio colonizado, aprehendido.

²⁰ Las nociones de apropiación y uso son discutidas en sus especificidades más adelante.

²¹ Ver “Nuevas formas de la arena” 2002 y ponencia “La ciudad, las múltiples ciudades” en el marco de las jornadas de presentación de investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales. Octubre de 2003

Sobre la pertinencia del abordaje desde una perspectiva sociológica de las relaciones de edad

En este apartado plantearemos la necesidad de tratar a las categorías de edad como categorías sociales complejas que, sin duda, encierran realidades muy dispares en palabras o conceptos que suelen manejarse sin demasiada problematización²². Las clases de edad serán abordadas en su carácter de productos sociales y objeto de luchas conforme a reglas de juego variables y de distinto nivel de generalidad. A los efectos de este trabajo y parafraseando a Bourdieu los conceptos de vejez, juventud, niñez o adultez, tampoco son más que una palabra²³, hasta tanto su contenido no fragüe producto de su particular actualización en algún campo, o en última instancia a nivel del espacio social.

Una primer complejidad que no podemos desconocer es la relación problemática que existe desde un punto de vista sociológico entre lo que son “categorías o clases de edad”, por un lado, y lo que es el número de años cumplidos (edad cronológica), en tanto ejemplo de *uso* de la serie de números cardinales. Al respecto cabe adelantar que mientras que la vejez, juventud, o adultez en tanto categorías, refieren y se definen con relación a un campo determinado, la edad es, como el nombre propio, un ejemplo de lo que Bourdieu denomina siguiendo a Kripke “designador rígido”. Esto es, una de esas propiedades que le proporcionan al individuo “una *superficie social*, es decir, la capacidad de existir como agente en diferentes campos”²⁴.

Esta particularidad de la edad como designador rígido resulta un aspecto absolutamente central frente a la simplificación que consideramos puede verse en el tratamiento que hace en otros artículos Bourdieu al enfrentarse a las categorías de edad, en particular en “La juventud no es más que una palabra”. No obstante, tampoco pretendemos adherir a la propuesta que realiza al respecto Margulis²⁵ sino que optaremos por retomar las discusiones y argumentaciones que se han realizado en relación con la noción de tiempo para ver a la edad como una herramienta que es capaz de vehicular y de asumir, reificándolas, propiedades desde diversos espacios o dimensiones, cuya significación, no obstante, siempre está socialmente (y localmente) determinada.

La efectividad de la edad para reclamar para sí un significado propio, irreductible a la lógica del campo en cuestión –que es lo que la diferencia de las “clases de edad”-, no obedece a que posea una existencia más objetiva, sino a la enorme capacidad de objetivación que posee en tanto artefacto destinado a sintetizar múltiples existencias para mantener una linealidad, un orden legítimo. “El mundo social, que tiende a identificar la normalidad como la identidad entendida como constancia consigo mismo de un ser responsable, es decir previsible o, como mínimo, inteligible, a la manera de una historia bien construida (por

²² De vuelta, en el tiempo como en el espacio, la “ilusión de opacidad” y la de “transparencia”. No obstante, somos conscientes que ningún concepto, incluidos los de la ciencia, está libre de ambigüedad semántica y esto es natural si se los comprende como los instrumentos de lucha por construir una determinada realidad, esto es, como categorías sociales, propiamente dicho.

²³ P. Bourdieu, “Juventud no es más que una palabra” en “Sociología y cultura.”, Grijalbo, México, 1990.

²⁴ (Bourdieu, 1997: nota al pie Pág. 83)

²⁵ Margulis, M. “La juventud es más que una palabra”. Biblos Buenos Aires, 1996.

oposición a la historia contada por un idiota) propone y dispone todo tipo de instituciones de totalización y de unificación del Yo.” (Bourdieu, 1997: 77)

Con este fin se discutirán la noción de edad y la de tiempo, entendiendo a la primera “tributaria” de la segunda, para así separar conceptos que son distintos, pero que, ante todo, pueden operar de maneras muy diferentes en cualquier espacio social desde el momento en que son conceptos de orden distinto -tanto en un sentido conceptual como social.

La edad y la noción de tiempo.

Es notorio que sobre estas cuestiones del tiempo y la edad (en tanto aplicación singular de una escala temporal) se han escrito y escribirán infinidad de cosas no sin justificación, en el entendido de que constituyen, especialmente la cuestión del tiempo, un eje fundamental de las problemáticas sociales, y más aun del modo de abordarlas y de estructurar el pensamiento acerca de ellas. Sin embargo, y aunque como se dijo se considera que es esta una discusión muy relevante, no se pretenderá aquí reseñar otra cosa que no sean los aspectos importantes para los objetivos de quien pretenda acercarse al debate del estudio de los grupos etarios, o “clases de edad”, definidos *en el papel* (como, por ejemplo, los individuos mayores de 60 o 65 años), como grupos sociales. La premisa de la que partimos es constructivista: las “clases de edad” son, al menos, tanto productos de un esfuerzo de estructuración, como estructuras productoras. Una consideración central al respecto, tiene que ver con que tanto el tiempo, como la edad, no son más que dos versiones del ejercicio de contar, esto es, *la equiparación interesada de series*. Pero quizá convenga desarrollar un poco más en extenso este punto de vista.

Para situar la discusión puede ser útil retomar algunas reflexiones que se han ido haciendo sobre la ancianidad como categoría social. Así, Riesco en su artículo “La ancianidad, un producto social” afirma que “El sistema social prescribe más o menos estrictamente unas pautas de comportamiento asociadas a roles que están ligados a categorizaciones de las personas (...) esto tiene su aplicación en este grupo de edad que denominamos ancianos. Los roles que la sociedad les atribuye y autoriza a desempeñar y la manera como se autoriza el comportamiento con respecto a ellos obedece a una representación social de la ancianidad que al mismo tiempo la configura...”(Riesco; 1993^a: 114) Sin embargo, este proceso se ve complejizado en un contexto social crecientemente reflexivo de modo que, si bien “... antes la ancianidad se consideraba un último estadio homogéneo de la vida, dominado de hecho por la muerte social (...) ahora es un universo muy diverso (...) la tercera edad (...) redefine de forma sustancial el ciclo vital de tres modos: niega la salida del mercado laboral como criterio definidor, ya que para una proporción considerable de la población en torno a un tercio de su vida tiende a desarrollarse después de ese acontecimiento; diferencia a los ancianos atendiendo sobre todo a su grado de incapacidad, no siempre en correlación con la edad (...) induciendo una nueva categoría social; y obliga a establecer una distinción entre varios grupos de edad, cuya diferenciación real dependerá en buena medida del capital social, cultural y relacional acumulado durante sus vidas (...)

rompiendo la relación existente entre condición social y estadio biológico en que se basa el ciclo vital.” (Castells; 1998: 481)

Ya en una primera aproximación, pues, se hacen visibles las condiciones sociales que habilitan la posibilidad de distinguir analíticamente entre lo que sería una edad cronológica, una escala -relativa al número de años vividos- en tanto síntesis de alto nivel que funciona como resumen²⁶ de una “edad” social –relativa a los roles sociales desempeñados-; biológica –que refiere al proceso de desarrollo y envejecimiento vital, de ciclos de vida- y una subjetiva o mental –relativa a la experiencia vivida del sujeto, dada en llamar en ciertas tradiciones teóricas como *durée*-.

Conforme la sociedad gana en complejidad y los criterios para definir las categorías etarias se reducen a ocupar una determinada posición en la secuencia cronológica, aumenta la necesidad de detenerse a analizar las determinaciones locales y su interacción compleja con otras dimensiones para constituir lo que en cada caso se entiende por juventud o vejez. De allí también, la necesidad de rescatar algo de la diversidad que puede resultar de los múltiples ‘desfasajes’ conforme al sentido común u orden dominante entre esos diferentes niveles ya aludidos, donde cada agente puede ubicarse en posiciones diferentes de cada secuencia. Así como hablar de “La Mujer” o “El Hombre” en tanto absolutos es necesariamente ceder al sentido común y la ideología dominante, proponemos que hablar de Vejez, Juventud, Niñez, Adulterez o Adolescencia constituye un error homólogo. La pos-modernidad o sobre-modernidad, no vacían de sentido, sino que desafían a un esfuerzo racional y responsable de aprehensión de la diversidad, que no se salva simplemente por el recurso al plural y las minúsculas.

Un medio para profundizar en lo dicho hasta aquí puede ser retomar la discusión en torno a la unicidad del concepto de tiempo. “El tiempo es único porque utiliza símbolos (...) para orientar en el incesante flujo del acontecer, en la sucesión de los eventos, en todos los niveles de integración: físico, biológico, social e individual.” (Elias; 1989^a: 24) “... es, como se ve, una síntesis simbólica de alto nivel, con cuyo auxilio pueden relacionarse posiciones en la sucesión de fenómenos físicos naturales, del acontecer social, y de la vida individual.” (1989^a: 26) No es sólo el devenir, sino *la existencia de una pluralidad de secuencias en devenir*, tanto sociales como biológicas o subjetivas las que hacen posible y necesaria la noción de tiempo. “Si todo estuviera quieto no podría hablarse de tiempo (...) tampoco podría hablarse de tiempo en un universo que sólo contara con una secuencia única de transformaciones.” (1989^a: 82)

Desde nuestro punto de vista, esa idea de tiempo que suele presentarse erróneamente naturalizada, bien como flujo objetivo (objetivismo), o como estructura universal de la percepción (subjetivismo) según el caso, en realidad no es otra cosa que ‘temporizar’, esto es: el esfuerzo social interesado por sincronizar posiciones (ordenar) de dos o más procesos no plausibles de comparación directa, y que, por tanto, está obligado a dejar de lado toda especificidad local que le da sentido a cada una de esas secuencias o historias.

²⁶ Y por lo tanto como selección, siempre interesada y arbitraria, aunque las más de las veces no-conciente.

Paradójicamente, esta escala temporal –síntesis de alto nivel y no abstracción²⁷- termina por aparecérsenos fetichizada, esto es, poseyendo una fuerza coactiva y una irreversibilidad que si bien son propiedades de algunas de esas historias locales que pone en relación (físicas, biológicas o sociales) ciertamente son ajenas a la escala. “... mientras el tiempo mecánico está formado por una sucesión de instantes matemáticamente aislados, el tiempo orgánico –lo que Bergson llama duración- es cumulativo en sus efectos (...) se mueve sólo en una dirección (...) y el pasado que ya ha muerto sigue presente en el futuro que aún ha de nacer.” (Mumford, 1997b: 32, 33)

El espacio de posibilidad ‘olvidado’ de estas consideraciones -y de un propio concepto de tiempo tal- es el hecho constatado por los últimos desarrollos científicos de que “El tiempo, en la naturaleza y en la sociedad, parece ser específico de un contexto determinado: el tiempo es local” (Castells, 1998: 466) Cada espacio social, y cada subcampo posee una temporalidad propia, una historia y, a su vez, “Toda historia (...) supone que se ha producido lo que hubiera podido no producirse, pero ella solo tiene interés si estos sucesos son portadores de sentido (...) si realmente hay algo en juego.” (Prigogine y Stengers; 1990^a: 53)

En este trabajo proponemos que las distinciones por edades o grupos de edad son, al igual que el género (e incluso el sexo tal como afirma Maccobbi, 1988), un constructo social, producto del esfuerzo humano por aprehender el mundo a través de la selección, clasificación y ponderación de algunas “dimensiones privilegiadas” que establecen y justifican (en la medida que esa distinción es “naturalizada”) un orden social.

En consecuencia, mas que una preocupación por descubrir el depósito de “verdad” que supone la edad, nos interesará detenernos en cómo se usa, y en como ese uso estructura a su vez usos y apropiaciones “naturalmente” diferenciales del espacio urbano.

“Pero entonces, ¿en qué consiste la peculiar inexorabilidad de las matemáticas? ¿No sería un buen ejemplo la inexorabilidad con la cual dos sigue a uno y tres sigue a dos? Pero presumiblemente esto significa: sigue en la serie de números cardinales, pues en una serie diferente sigue algo diferente. ¿Y no se define esta serie justamente por esta secuencia? (...) Contar y calcular no son un simple pasatiempo. Contar (y esto significa contar así) es una operación que se emplea diariamente en las operaciones más diversas de nuestra vida. (...) Pero este contar es solamente un uso; ¿no hay acaso alguna verdad que corresponda a esta secuencia? –La verdad es que contar ha resultado provechoso. –¿Quiere decir usted entonces que “ser verdadero” significa: ser utilizable (o útil)? –No, no es eso, sino que no puede decirse de la serie de números naturales –como tampoco de nuestro lenguaje- que sea verdadera, sino que es utilizable y, sobretodo, que se usa.” (Wittgenstein, 1973)

²⁷ Es una aclaración que hace N. Elias al pasar pero que resulta central. En efecto, si bien podría parecer un aspecto menor, existe una diferencia radical (y fundamental para comprender la perspectiva teórica de este trabajo) entre considerar la idea de tiempo como una *abstracción* o una *síntesis*. Así, la noción de *abstracción* presupone generalmente la de una *esencia* que sería una propiedad *pre-social* de las cosas concretas que el hombre *descubre*, mientras que la idea de *síntesis* resalta el carácter de *construcción histórico-social-instrumental*, es decir, *adecuada* e *interesada* del concepto contra cualquier esencialismo.

La edad, como el sexo, constituye uno de esos principios de clasificación, una síntesis interesada, que pone en juego cada vez ese carácter universal producto del largo trabajo de institución de la organización social y mental que encaran las instituciones “pensadas” para ello, como el Estado. Es un principio de ordenación que debe ser capaz de trascender los diferentes campos sociales manteniendo un orden que se impone como natural en todos ellos y que en realidad carece de otro fundamento que no sea el esfuerzo de ordenación temporal, como dimensión del orden social.

“El reflejo profesional del sociólogo es señalar que las divisiones entre edades son arbitrarias. Es la paradoja de Pareto cuando dice que no se sabe a que edad comienza la vejez así como no se sabe dónde empieza la riqueza. De hecho, la frontera entre juventud y vejez es objeto de lucha. Por ejemplo, hace algunos años leí un artículo sobre las relaciones entre jóvenes y notables de Florencia durante el siglo XVI, que mostraba que los viejos proponían a los jóvenes una ideología de la virilidad, de la virtud, y de la violencia, lo que era una forma de reservarse para sí la sabiduría, es decir el poder. De la misma forma Georges Duby muestra claramente como en la edad Media, los límites de la juventud eran manipulados por los que detentaban el patrimonio, que debía mantener en un estado de juventud, es decir de irresponsabilidad, a los jóvenes nobles que podían pretender la sucesión. Encontraríamos situaciones equivalentes en los dichos y proverbios, o sencillamente en los estereotipos sobre la juventud, o aun en la filosofía, desde Platón a Alain, que asignaba a cada edad su pasión específica: a la adolescencia el amor, a la edad madura la ambición. La representación ideológica de la división entre jóvenes y viejos otorga a los más jóvenes ciertas cosas que hacen que dejen a cambio otras muchas a los más viejos. (...) Esta estructura que existe en otros casos (como en las relaciones entre los sexos) recuerda que en la división lógica entre los jóvenes y viejos está la cuestión del poder, de la división (en el sentido de repartición) de los poderes. Las clasificaciones por edad (y también por sexo, y también claro por clase) vienen a ser siempre una forma de imponer límites, de producir un orden, en el cual cada quien debe mantenerse, donde cada quien debe ocupar su lugar.” (Bourdieu, 1995: 163-164)

Lo expuesto hasta aquí pretende explicitar lo que consideramos el mínimo de complejidad que implica “seleccionar” la edad como categoría de análisis en toda investigación social, así como las consecuencias que esto tiene al analizar la apropiación del espacio urbano desde un abordaje de las relaciones de edad.

Uno de los conceptos que se ha utilizado para acercarse a las relaciones intergeneracionales, ha sido el de “**generación**” y, en consecuencia, el de “las relaciones intergeneracionales”. El abordaje que se ha presentado hasta ahora lleva, necesariamente, a problematizar este término.

Muchas veces utilizado como eje articulador en la comprensión en las relaciones humanas o en el análisis de los procesos históricos en el devenir social (y asociándose muchas veces con la juventud en tanto vanguardia), el concepto de generación ha sido definido diferencialmente según se enfatice en el tiempo cronológico como el conjunto de individuos nacidos en un momento dado, en el concepto de genealogía en tanto descendencia (abuelos, padres, hijos, etc.), enfatizando en ciertos hitos históricos (que definirían por ejemplo a la

generación del 68), o definiendo una generación en su relación con su antecesora y /o su predecesora.

Margulis y Urresti sostienen que:

"La generación remite a la historia, da cuenta del momento social en que una cohorte se incorpora a la sociedad. Ello define características del proceso de socialización, e incorpora a la misma los códigos culturales que imperan en una época dada y con ellos el plano político, tecnológico y artístico, etc. Ser integrante de una generación implica haber nacido y crecido en un determinado periodo histórico, con su particular configuración política, sensibilidad y conflictos" (1998: 7)

Esta perspectiva permite enfatizar en una suerte de homogeneidad dada por haber compartido las mismas situaciones y experiencias socio-históricas en el mismo período de vida, por ser co-etáneos en un tiempo dado. Con esto se dimensionaría el aspecto *temporal* del concepto de generación. Pero, ¿alcanza con definir generación al conjunto de individuos que comparten la misma edad en un momento dado del devenir histórico? Se hace necesario una articulación con una contextualización *espacial*, que da cuerpo al modo de vivir, a un cierto habitus, sosteniendo con Bourdieu que

"La historia estructural de un campo (...) constituye en períodos la biografía de los agentes que en él se encuentran comprometidos (de suerte que la historia individual de cada agente contiene la historia del grupo al que pertenece); en consecuencia, no es posible separar en una población unas generaciones (por oposición a unas simples clases de edad arbitrarias) si no es sobre la base de un conocimiento de la historia específica del campo en cuestión: en efecto, únicamente los cambios estructurales poseen el poder de determinar la producción de generaciones diferentes." (Bourdieu, 1998:465)

De alguna manera el concepto de generación se vincula con la complejidad antes aludida, agregándose aún el análisis de una generación en el proceso histórico de "sucesión de generaciones".

En la explicación de esta dinámica, se presenta por un lado al ser humano, hombre o mujer que en un determinado momento –y no otro- “llegan al mundo”. Siguiendo a Ortega y Gasset, debe distinguirse entre dos cosas que simplificando podríamos denominar la “circunstancia” en la cual se encuentra y a la cual se enfrenta el hombre o mujer desde su nacimiento –en el sentido del entramado de relaciones objetivas, caóticas e ininteligibles- y “el mundo” –en tanto consecuencia del esfuerzo de interpretación de esa “cosa-circunstancia”, de ese entorno material y social dado.

Desde este punto de vista el problema del “sujeto” es múltiple: por un lado tiene la necesidad de asimilar su “circunstancia”, que necesariamente ha variado en función del transcurso del tiempo, e intentar ordenarla de alguna manera; usualmente mediante distinciones de ciertos atributos como el sexo, o la edad.

Pero allí se plantea la otra dimensión del problema; el “sujeto”, es en primera instancia inculcado a socializarse aprehendiendo los parámetros de interpretación de lo real que sus predecesores crearon para hacer de “lo real” una “realidad”, o de “la circunstancia” inescrutable, “un mundo” ordenado y dotado de sentido.

En consecuencia el desafío es doble: el “sujeto” debe lidiar ya no solo con el esfuerzo de interpretación de su “circunstancia” sino también con la revisión de la interpretación heredada de “otra” circunstancia, naturalizada. En concreto, el “sujeto” termina justamente doblemente sujetado y condenado a hacer dos cosas al mismo tiempo: reproducir y cambiar. Reproducir en la medida en que no se puede mantener ajeno a los discursos sobre lo real que hereda: “la realidad” tal como se la enseñan, y cambiar, en la medida en que asume conciencia de que esa interpretación sobre “la circunstancia” no necesariamente se adecua a la circunstancia que a él le tocó vivir. Desde ese momento, “el mundo”, o sea, esa interpretación sobre lo real que es la realidad solo puede sobrevivir en un nivel de abstracción que necesariamente la vacía de contenido: por más que el lenguaje sea el mismo, su significado sólo fraguará en la medida en que el “sujeto” lo alimente a partir de su propia experiencia vivida.

Este es el escenario con el cuál las diferentes cohortes de “sujetos” deben lidiar a partir de un esfuerzo reproductor y creativo de reinterpretación. Es el fenómeno que explica por qué para determinados contingentes de agentes la juventud es una única cosa, para otros una multiplicidad y para otros nada. En cada caso dependerá de las coordenadas temporales y espaciales que les toca vivir, y de las interpretaciones –siempre situadas, de allí la pertinencia de la noción de campo- que heredan y que responden a una circunstancia distinta, pero que no obstante “deben” mantenerse a riesgo de perder la posibilidad de “comunicación”.

Algunos análisis enfocados desde esta perspectiva

En este apartado se exponen tres trabajos empíricos realizados en los últimos años, concretamente el libro “Tribus Urbanas en el Montevideo. Nuevas formas de sociabilidad juvenil”²⁸, el convenio de cooperación que en el marco de un convenio entre FUCVAM y la FCS para estudiar las juventudes y las relaciones intergeneracionales en algunas cooperativas, como proyecto de extensión, y la investigación en base a ocho grupos de discusión de los recorridos urbanos de jóvenes de distintas generaciones presentada en la ponencia “La apropiación juvenil del espacio urbano a través de diferentes generaciones”.

La pretensión pasa, más que por comentarlos en forma resumida, por discutir *a partir* de ellos las implicancias y la puesta en práctica de algunas categorías que se han mencionado, en una suerte de ejemplo de su operacionalización que además intenta presentar el enfoque

²⁸ referencia

aquí defendido. Como se ha mencionado, las categorías que se utilizan no son *previas* a los trabajos: aparecen a raíz de éstos, pero aquí las “sacaremos a pasear”, aplicándolas y discutiéndolas, re-visitando algunas instancias de cada investigación después de esta elaboración conceptual. El movimiento explicita, por lo tanto, el proceso de reflexión, que fue “de ida y vuelta”, entre lo conceptual y lo empírico.

Tribus Urbanas en Montevideo. Nuevas formas de sociabilidad juvenil

Con la descripción de este trabajo realizado en 2001-2002, pretendemos desarrollar la riqueza de un tipo de análisis *sinchrónico* de lo urbano desde la perspectiva de los usos y apropiaciones diferenciales de la ciudad a partir del corte de edad²⁹.

En particular, la investigación sobre las tribus urbanas en Montevideo tuvo como objetivo analizar nuevas formas de sociabilidad por parte de algunos grupos de jóvenes, y las *apropiaciones y significaciones* que éstos hacen del espacio urbano en su construcción y reconstrucción de identidades. En pocas palabras, se definió “tribu urbana” como grupos de jóvenes que comparten las siguientes características: A) una sociabilidad distinta caracterizada por una expresividad fuerte, el compartir códigos, valoraciones y actividades determinadas –“rituales”-, y un sentido de pertenencia a un “todo” que sería el grupo; B) una apropiación diferencial del espacio urbano, en tanto uso más o menos sistemático, más o menos *ritualizado*, y con una carga simbólica muy fuerte; y C) la construcción y reconstrucción de una identidad colectiva, grupal, que es origen y consecuencia de los puntos A y B, y que necesariamente implica una identificación con el otro *dentro* del grupo y una diferenciación con el otro *resto de la sociedad*.³⁰

A modo descriptivo, este emprendimiento consistió en la profundización (y posterior síntesis) de un conjunto de micro-investigaciones realizadas en el marco de la materia curricular “Metodología Cualitativa de Investigación Social” para la carrera de Sociología, dictada por la docente Verónica Filardo³¹. El producto tiene por tanto un enfoque *cualitativo*, las técnicas utilizadas fueron entrevistas a jóvenes de distintas tribus urbanas y en algunos casos la observación en lugares de encuentro y sociabilidad de estos grupos.

Las tribus urbanas analizadas fueron electrónicos, skaters, hardcore-punk, malabares, tambores y hip hoppers. El acercamiento a estos jóvenes parte de supuestos teóricos, principalmente del concepto mismo de tribu urbana. En concreto, nos basamos, en primer lugar, en la identificación a partir de lo que definimos como "niveles primarios de comunión": niveles de acercamiento más visibles o inmediatos como 1) el *estilo*: la expresión distinguida - en un sentido amplio de distinción frente al estilo predominante- en la vestimenta, accesorios (pearcings, tatuajes, instrumentos -de música o deportivas como el skate), jergas; y 2) los *lugares de encuentro y expresión* como el skatepark en la rambla del Buceo, boliches donde

²⁹ Entendiendo aquí “corte de edad” en sentido amplio; en tanto eje de análisis.

³⁰ Este concepto, con sus limitantes y potencialidades, se utilizó a modo de *metáfora* para acercarse a estas expresiones culturales y aprehenderlas, si se quiere, desde una perspectiva no tradicional.

³¹ Es de destacar que el trabajo sobre “Tribus Urbanas en Montevideo” significó, antes que nada, la concreción de una apuesta de trabajo conjunto entre docente y estudiantes, y el comienzo de un proceso sistemático de producción sociológica integrada por docentes, egresados y estudiantes.

pasan música característica de cada tribu urbana (música electrónica, "toques" hardhoce-punks), cruces de calles donde salen las comparsas, etc. En segundo lugar y siguiendo con el concepto de tribu urbana, la selección se basó en lo que serían "niveles secundarios de comunión", de carácter principalmente discursivo, donde los jóvenes expresaran un sentimiento de pertenencia a estas expresiones culturales ya analizadas en otros trabajos (Maffesoli, M., 1990; Costa, P.O., Pérez Torneo, J. M. Y Tropea, F., 1996).

Otro criterio utilizado para la selección de los entrevistados, en función de contextos teóricos que consideramos relevantes, fue en particular, la diferenciación entre los consumidores culturales - quienes en ese "consumo" se diferencian y construyen su identidad-, y los *productores* culturales -quienes además de consumir, producen y re-crean cultura: músicos, DJs, diseñadores, fabricantes/arreglo de tambores, "educadores" en el arte del malabar, etc.-

Retomando el desarrollo conceptual ya planteado antes en torno a la edad y la generación, la selección no se guió de acuerdo a criterios de edad cronológica (no se estableció una franja etaria dentro de la cual se situarían los "jóvenes"), sino que la juventud, aquí, se definió según el criterio de edad subjetiva (vivencia del *ser joven* de acuerdo al imaginario de juventud; en términos de la teoría de campos de Bourdieu, el ser joven en el espacio social y no en un campo determinado -político, académico, deportivo).

Por último, siguiendo la problematización del concepto de generación desarrollada en este documento, la juventud aquí no sigue una definición genealógica (la clasificación abuelos, padres, hijos, y la consecuente definición de joven en tanto "hijos de" que sí aparecerá en el trabajo sobre la juventud en las cooperativas por ejemplo). Tampoco se enfatizó en la definición de juventud en contraposición a la juventud vivida y *construida* por la generación anterior (como lo hace el análisis que realizamos sobre la juventud en las distintas generaciones; esto es, desde una perspectiva diacrónica), ni surge de la/s definición/es dada/s por el análisis discursivo contrapuesto entre distintas clases de edad en un momento dado.

En este caso la juventud se definiría en tanto generación a partir del "imaginario social" hegemónico construido en un momento dado: 2001. En esto toma relevancia el concepto de juventud que, siguiendo el criterio de edad social, se caracteriza como un período vital dotado de *moratoria social*, - y moratoria vital, siguiendo a Margulis- en contraposición a lo que sería "mundo adulto". El joven se define, desde el punto de vista ideológico dominante, como aquel que puede "suspender" durante un cierto período de tiempo la asunción de lo que serían los roles adultos: léase el ingreso al mercado laboral, o el hecho de consolidar una familia (casarse, tener hijos).

Esta idea de moratoria social se re-produce también en los usos y recorridos que puedan realizar los jóvenes en la ciudad, pudiéndose distinguir entre los usos aceptados y "habilitados" y los "no habilitados" hegemónicamente. Con esto hacemos referencia a la aceptación y habilitación de ciertas prácticas juveniles en la ciudad como jugar al fútbol en la calle, tocar el tambor cada fin de semana en una comparsa, y no otras como andar en skate en

la calle o en alguna escalera, o el hecho de "compartir una plaza" con un grupo hardcore-punk.

Pero esta aceptación y/o rechazo puede leerse contraponiendo un análisis desde la perspectiva de los usos del espacio urbano con la administración de ese espacio, considerándose a esta última como el intento deliberado de *ordenación*, y *delimitación física* de esos espacios habilitados -y en consecuencia de los no habilitados-. Tal es el caso del proceso y consolidación de la construcción del Skate-park en la rambla del Buceo: frente al aumento de estas prácticas en Montevideo, en particular en la plaza "Sol y Luna" de la rambla M. Gandhi y M. Pagola, la IMM construye un Skatepark que a la vez que institucionaliza ese crecimiento *delimita* el espacio habilitado para ese tipo de prácticas urbanas.

Y es éste un punto en el que se destaca el carácter de "rebelión simbólica" que caracteriza a las tribus urbanas³², y donde se hace necesario aquí recordar el concepto de *apropiación, física y simbólica, del espacio urbano* –en particular del espacio público-.

La apropiación es definida como un "tipo" de uso, que supone, por un lado, una frecuencia temporal dada para ese uso, un uso repetido, sistemático, en un espacio dado (una plaza, un muro, una calle, un boliche, una esquina). Por otro lado, implica un depósito de sentido, de significación dada a ese espacio por parte del que lo utiliza, estrechamente vinculada a un sentido de pertenencia a ese espacio urbano, de "hacerlo propio", de construcción identitaria.

La apropiación de ciertos espacios urbanos por parte de los skaters y en general de las distintas tribus urbanas, presenta la doble función de ser, a la vez, el ámbito de relacionamiento cotidiano de sus miembros y de desarrollo de sus prácticas particulares, el lugar donde la tribu "ejerce su control", establece sus reglas y el espacio o escenario desde donde la tribu se exhibe hacia el exterior y se distingue.

Se presenta una doble dinámica de *privatización* del espacio público urbano y de *publicación* en él de su estilo diferencial, de su identidad, de su distinción con lo hegemónico. En la medida que desde el lugar de la planificación urbana se intenta integrar y sectorizar (en términos de espacio físico) la práctica por ejemplo del skate, se da un proceso de re-significación de los códigos y valoraciones al interior de la tribu skate que pormoverá ahora una "vuelta a la calle", al barrio, a una búsqueda de nuevos espacios que re-afirmen la distinción con lo establecido y en los cuales puedan dejar su marca distintiva³³.

Este proceso se da de modo diferencial según la tribu urbana de análisis, donde en algunas se presenta un "enfrentamiento" más directo y en otros una "reclusión", en sentido de búsqueda de refugios, en lugares desusados y horarios en los que prima más el desencuentro con ese otro que no es el grupo.

³² Otro punto sería el *estilo distinto* con el cual estos jóvenes se publican en el espacio público; y, como en la gran mayoría de las veces sucede -sino siempre- todo lo distinto y lo desconocido, lo extraño y ajeno, puede ser, desde inquietante hasta peligroso (imagínese por ejemplo el encuentro, en alguna rambla montevideana, entre un viejo en su paseo matutino y un grupo de jóvenes con tachas y alfileres de gancho en las orejas volviendo de un boliche).

³³ La valorización del Skate-park por parte de un practicante del skate es hoy, para los que se autodefinen como skaters genuinos, un elemento neutral cuando no negativo en la consolidación del movimiento skate y un signo de "caretismo" por parte del practicante.

Es este caso el de los electrónicos y la apropiación por su parte de frigoríficos abandonados como el frigorífico del Cerro para hacer sus fiestas y lo que llamamos sus *prácticas rituales*, o la realización de fiestas electrónicas en la playa Pocitos en un horario nocturno donde la playa como espacio público es re-significada.

En paralelo con, y como causa de, esta diferenciación en los tipos de espacios públicos apropiados y tiempos de uso de los mismos se describe el tipo de relacionamiento de la tribu urbana con el resto de la sociedad: de carácter más o menos visible, más o menos conflictivo, más o menos integrado.

Por ejemplo, mientras en los electrónicos predomina un sentimiento de indiferencia hacia una sociedad a la cual a la vez este grupo le es indiferente, en los malabares se da, en cada práctica realizada delante del "rojo" del semáforo, una búsqueda del otro (en particular una sonrisa en el otro), una necesidad de transmitir alegría y color a esa ciudad gris y apagada que perciben los malabares. Por su parte, los hardcore-punk desarrollan en la relación entre su orden tribal y el orden social distintas estrategias de resignación (en el mundo del trabajo), negociación (al interior de la familia) y desarrollo de prácticas alternativas (autogestión de los recitales, y eventos de encuentro).

En síntesis, la perspectiva y marco conceptual desarrollado y ejemplificado en estas micro-investigaciones permiten un acercamiento y comprensión de estas expresiones culturales juveniles, estos modos de hacer y ser juventud, estas construcciones de sentido del ser joven y sus visiones del mundo que las tribus urbanas conciben y marcan como diferentes a la visión hegemónica del mundo adulto, y que se plasman y re-crean en la apropiación física y simbólica de algunos espacios de la ciudad.

La apropiación juvenil del espacio urbano a través de diferentes generaciones

Otra forma de concretar las consecuencias que tiene esta manera de entender ese fenómeno que constituyen las generaciones para el tratamiento de los grupos de edad es recurrir a la evidencia empírica que recogimos y sistematizamos mediante grupos de discusión, para un trabajo presentado en el IV Coloquio Sobre Transformaciones Territoriales³⁴.

En dicho trabajo, partiendo de la hipótesis de que los cambios en los jóvenes a lo largo del tiempo -y más precisamente en éstos como grupo social-, se reflejan en la apropiación del espacio urbano, buscamos analizar las transformaciones que se producen conjuntamente entre el concepto de juventud y su construcción social, y los nuevos territorios culturales que se van generando en un período histórico determinado.

Siguiendo a Margulis y Urresti, podemos afirmar que la juventud como etapa de la vida diferencial, aparece en los siglos XVIII y XIX y vinculada particularmente a una capa social que goza de ciertos privilegios en los que profundizaremos más adelante. Al mismo tiempo que adquiere relevancia como *etapa de la vida* se reconoce el surgimiento de dos mundos opuestos; por un lado el "mundo de los adultos" y por otro el "mundo de los jóvenes".

³⁴ Montevideo, 21-23 de agosto de 2002; sala de conferencias IMM

(1998) A través de estos dos mundos se contraponen lógicas, estructuras, institucionalidades y culturas diferentes. Respecto de lo que es ser joven podemos afirmar a partir de lo propuesto por Levi y Schmitt que “... *en ningún lugar ni período histórico cabría definir a la juventud mediante meros criterios biológicos o con arreglo a criterios jurídicos. En todas partes y en todo tiempo, sólo existe revestida de valores y símbolos.*” (1996: 14) La juventud entonces, es un producto construido socialmente por lo cual las diferencias demográficas, los contextos políticos y culturales impactan sobre lo que en cada sociedad y tiempo se entiende por juventud asignándole funciones diversas y un estatus distinto³⁵.

La estrategia metodológica seleccionada en su momento para tal fin consistió en la realización de múltiples grupos de discusión, constituidos en cada caso por grupos de agentes comprendidos en rangos de diez años. -A excepción de los grupos de menor edad para los cuales se consideró pertinente desde el punto de vista metodológico reducir “la brecha” de edad en atención a las especificidades socialmente condicionantes de esos grupos y a los requisitos de la técnica empleada-

El objetivo fue acceder a la comprensión y posterior objetivación, de lo que puede entenderse como las diversas formas de “usar” -esto es: como la trayectoria- de lo que en cada momento se entendió y vivió como juventud, y de las consecuencias que esto tiene al momento de pautar diferentes usos y trayectorias, en el espacio urbano. De modo más directo y simplificando quizá excesivamente, la motivación radicó en atender a dos **trayectorias**: 1- La trayectoria “temporal” del concepto mismo de “juventud” en tanto constructo socio-históricamente situado –las juventudes ya no sincrónicas sino diacrónicas- y 2- La trayectoria “espacial” que de ese fraguar contingente en términos temporales de la juventud, se verificaron en el espacio urbano y, consecuentemente en el espacio público. De alguna manera, subyace la convicción de que es el **uso** que cada generación haga de una categoría como la de juventud, lo que va a determinar el **uso** que esta juventud haga del espacio público.

Para retomar la discusión acerca de los **territorios culturales** y poder vincular este tema cabalmente con la temática de la juventud, partimos, en su momento, de la premisa de que los jóvenes como grupo social son quienes estrechan lazos más fuertes con el territorio y más específicamente con la ciudad. Esta estrecha vinculación entre territorios y juventud se argumenta al entender de Carles Feixa Pampols en la falta de espacios privados propios de los jóvenes, donde los espacios juveniles quedarían más relacionados a las instituciones educativas, provocando que los tiempos de ocio y aquellos que tengan que ver con la dimensión del tiempo libre de la moratoria social, se disputen principalmente en la apropiación de los espacios públicos llenando a estos de contenido simbólicos y conjugando en ellos tanto una identificación singular como un relacionamiento con los otros.

En lo que respecta a la apropiación de los espacios podemos afirmar con Marc Augé que “*El espacio en la antropología es necesariamente histórico, puesto que se trata precisamente de un espacio cargado de sentido por grupos humanos, en otras palabras, se trata de un espacio simbolizado.*” (1998: 15) simbolización que “... *apunta a hacer legible a*

³⁵ Es evidente que esto que se aplica a la juventud se puede trasladar a “La Vejez”, “La Aduldez”, etc.

todos aquellos que frecuentan el mismo espacio cierta cantidad de esquemas organizadores, de puntos de referencia ideológicos e intelectuales que ordenan lo social.” (Ídem) En este sentido, consideramos justificada la intención de rescatar la dimensión diacrónica, temporal, o generacional en el estudio de los espacios urbanos.

La juventud antes de los sesenta.

En algunos discursos de los adultos que vivieron su juventud antes de entrados los años sesenta, podemos reconocer un modo de ser joven -en tanto moratoria vital- bien diferenciado al que muestran tanto las generaciones que fueron jóvenes luego de esos años y que atravesaron la dictadura entre los 15 y los 25 años de edad, como aquellos que viven su juventud a partir de la década del ochenta.

Estos jóvenes vivían diversos Montevideos: por un lado el barrio, más precisamente "la cuadra", lugar de interacción social más inmediata. Este hecho es posibilitado por lo poco urbanizada que estaba aún la ciudad, es decir: los vecinos se conocen, han vivido seguramente durante muchos años en el mismo sitio, hay poco tránsito vehicular, se juega al fútbol en la calle, los amigos se reúnen en la "esquina", se sientan en la vereda, etc. La calle es vivida como propia, como una parte de su casa, no es un lugar extraño, ni mucho menos peligroso.

Otro Montevideo es "el Centro", y más precisamente 18 de Julio, lugar de mayor concentración de oferta de consumos culturales. El centro de Montevideo, es entonces lugar de paseo, hay una apropiación del espacio fundamentalmente nocturna -aunque no de "trasnoche" como podría ser hoy el de la Ciudad Vieja-, y de fin de semana. Tampoco este Montevideo se presenta como zona de riesgo, si bien naturalmente es más ajeno a sus vidas que el Montevideo barrial. Generalmente acuden al centro en compañía de sus compañeros de la cuadra, pero el ritual de apropiación territorial es diferente: son los mismos jóvenes pero con otra indumentaria, ya que al centro se concurre vestido formalmente.

En esos tiempos aún no hay una industria de la moda juvenil, por lo que se visten imitando a sus mayores. La argentina Beatriz Sarlo menciona las diferencias en el caso de la vestimenta de muchachas jóvenes que hoy "se disfrazan" en clave de diferenciación y que, en los cincuenta, lo hacían en clave de imitación. *"Ella [la joven] no viste adaptando una moda ajena a los gustos de las discotecas de la adolescencia, como se vestían las jovencitas del cincuenta para ir a tomar el té a una boite, en el intento de ser reproducciones kitsch de sus madres o de las señoras del cine. (...) ella lleva un disfraz de discoteca en el que el humor disputa su terreno al erotismo"* (1994:34)

También concurren a los mismos sitios (cine, teatro, confiterías) a los que van los adultos, no hay una clara diferenciación de conductas entre el mundo juvenil y el mundo adulto.

Un aspecto muy importante a tener en cuenta a la hora de tratar de entender cuáles eran los recorridos que se realizaban en la ciudad en ese momento, es el carnaval. Esta fiesta era vivida con mucha pasión por parte de toda la población, y también estaba muy vinculada a ese ámbito de interacción social inmediata que era la "cuadra": había muchos tablados por

barrio, donde su carácter gratuito permitía una mayor integración. Pero también 18 de Julio tenía su carnaval, representado por sus majestuosos desfiles, donde una vez más se producía la peregrinación del barrio al centro de la ciudad, generándose así una "democrática" apropiación de este espacio urbano por parte de las personas de toda la ciudad y de diferente clase social.

Respecto de esto último, el imaginario colectivo, en esa época, hacía referencia a una sociedad hiper-integrada. La presencia en los espacios públicos parecía compartirse de modo más habitual entre personas de distintas clases sociales. Otro ejemplo que aparece en los grupos de discusión refiere al espacio escolar.

Otra reflexión que alude a dimensiones en el modo de vivir la ciudad, es corte de género. Existían espacios diferenciados por sexo, permitiendo la admisión de varones en lugares más relacionados con la vida pública como lo fueron los bares y cafés, dejando reservado para las mujeres, los espacios más privados relacionados con la vida doméstica. Si bien en lugares públicos como prostíbulos o tanguerías, éstas gozaban de mal prestigio en la sociedad.

Respecto de la música, su producción y los gustos en torno a ella, los discursos de quienes vivieron su juventud a mediados del siglo XX, parecen apuntar a una música que venía de años atrás y que no aparece por y para jóvenes exclusivamente. Tanto el tango, la milonga, el jazz, parecen compartirse en bailes donde participan tanto padres y madres como hijos y donde no se hace "inaudible" la música de los más jóvenes frente a los gustos de los más viejos.

Esta no-diferenciación entre gustos y prácticas de jóvenes y adultos, se refleja y reitera en el modo de vivir y apropiarse de la ciudad y otros espacios de sociabilidad. La alusión a las reuniones en casas de familias, y los llamados "asaltos", por ejemplo, son indicadores de una juventud que parece no establecer fuertes diferencias en términos de espacios y territorios con sus adultos.

La noción de imitación aparece en la literatura que discute el concepto de juventud y muestra cómo hasta en diferentes ámbitos de la vida social, estas personas que viven su segunda o tercera década de vida parecen imitar a sus mayores sin una clara cultura de la diferencia. *"Hasta 1960, los jóvenes imitaban, estilizaban o, en el límite, parodiaban lo que era, simplemente, la moda: así, las fotos de actores jovencísimos, de jugadores de fútbol o de estudiantes universitarios, no evocan, hasta entonces la iconografía de monaguillos perversos o rockeros dispuestos a todo que ahora es un lugar común. Esa iconografía tiene sólo cuarto de siglo"*. (Sarlo, 1994: 40)

La revolución juvenil de los sesenta.

Desde la década del sesenta, la juventud comienza a surgir como un todo homogéneo en contraposición al mundo adulto. Aparecen la música propiamente juvenil –donde la *revolución del Rock & Roll* marca ese punto de ruptura-, cambios cualitativos en la vivencia de la sexualidad y el erotismo, la droga, el interés por la política, la búsqueda de equidad de género en los procesos de formación (por ejemplo en el ingreso al campo universitario), que la caracterizan con un espíritu de rebeldía y búsqueda de transformación estructural de la realidad de carácter mundial.

La juventud en esta época (sesenta, setenta y ochenta), estuvo marcada primero por la revolución, en un contexto de guerra fría que trae una lógica de “necesario” posicionamiento –según los que eran jóvenes en esa época-, y luego, un contexto de dictadura por la que atravesaba el país. Estos acontecimientos, junto con el creciente desarrollo de una sociedad de consumo, en ello el surgimiento de un mercado estrictamente juvenil, y el desarrollo de los medios de comunicación que “acercaban las distancias” dando un cambio cualitativo en la vivencia del “espacio”, condicionan y caracterizan la construcción del ser joven en este período, así como su forma de vivir la ciudad.

Hasta entrada la década del sesenta a los jóvenes se los percibía y *se* percibían como portadores de deberes que cumplir y no como poseedores de derechos especiales a su condición de joven. A partir de los sesenta los jóvenes como grupo social comienzan a reivindicar derechos que se relacionan no tan sólo con cuestiones sociales y políticas de la vida comunitaria sino también derechos que refieren a su propia condición de jóvenes como actores sociales diferentes del mundo adulto.

En términos de apropiación del espacio público, la tónica estuvo dada en un salto cualitativo en el modo de vivir “la calle” que dieron los jóvenes de los sesenta. En principio, el uso de las calles como lugar de protesta y de reivindicación aparecen como claro escenario en el contexto de crisis que concretamente atraviesa el país a fines de esta década. En cuanto, por ejemplo, a los ámbitos universitarios, la ocupación de los centros de estudios como medio de protesta, aparecen junto a esta concepción de juventud que busca sus propios espacios y mostrarse como grupo social tanto reivindicativo como con iniciativa y fuerza.

Cuando aparece la dictadura, se verán modificadas todas las costumbres ciudadanas, no sólo las de la juventud. Pero el especial ensañamiento del régimen militar con los jóvenes, traerá especiales consecuencias en las conductas y los recorridos juveniles. Los que en ese momento eran jóvenes recuerdan, con “bronca”, la prohibición hacia ellos como grupo social, del disfrute de la ciudad. Al respecto, un participante de un grupo de discusión de esta generación, nos cuenta que *"con respecto a la ciudad, una de las cosas que más fuerte pegó es que a diferencia de ahora nosotros no pudimos disfrutar la calle. No era un lugar para nosotros, nunca. Siempre tenías que estar adentro de algún lugar donde te podían controlar. No te podías juntar en alguna esquina..."*

En particular, recordaban las plazas *"como decoración de la ciudad. Vos pasabas por la plaza nomás"*. (participante de grupo de discusión) *"La tendencia de las plazas era generalmente campo abierto, sin pasto. Un ejemplo era la plaza de la bandera, todo cemento,*

tipo los nazis. Impresionante". (participante de grupo de discusión) Otro recuerdo es la existencia de "zonas" donde "no se podían pasar" (cerca de seccionales policiales, zonas de La Blanqueada -hospital militar-, etcétera)

En éste contexto se hace particularmente visible la utilidad de un concepto de "generación", que refiere a hitos históricos que por su magnitud y por su capacidad de imposición e invasión del cotidiano, tienden a teñir –aunque con tonalidades inmensamente distintas- todas las subjetividades de una época.

La calle ahora es para algunos jóvenes un espacio riesgoso. Las generaciones que vivieron su juventud en estas épocas crecieron con miedo, con desconfianza del otro, del distinto. Los grupos entonces serán más reducidos, todos deben conocerse muy bien para no correr riesgos. Las actividades sociales juveniles, pasan a tener lugar en ámbitos más privados, se reúnen en casas de familia (aunque con número y horarios restringidos), van a bailar a "boites" (Lancelot, Zum-Zum, Unicornio, etc.) La calle se transforma en un lugar de tránsito meramente, el espacio público deja de ser un lugar de socialización.

Sobre el final de la dictadura, estas conductas comienzan a modificarse, y es ilustrativa la manera en que se protesta contra el régimen dictatorial: lo primero, fueron los "apagones" y "caceroleos", que se hacían desde el interior de la casa, en ámbitos claramente privados; luego se invierte esta situación y nuevamente se sale a la calle, transformándose ésta en el escenario de las grandes protestas. El "río de Libertad" de noviembre del ochenta y tres frente al Obelisco, es quizá el principal corte en el cambio de hábitos con relación a la apropiación del espacio público por parte de la ciudadanía.

Nuevamente los jóvenes, salen a la calle, no sólo para protestar, para reclamar, sino también para festejar: ejemplo de esto fue la marcha de ASCEEP del mismo año, dónde por primera vez en muchísimos años se juntaban miles de jóvenes estudiantes y se apropiaban del centro de la ciudad.

La juventud montevideana de las últimas décadas.

El otro corte importante que observamos, en cuanto a las formas de apropiación del espacio público, fue a partir de los años ochenta. Y esto obedece a varias razones. Por un lado en nuestro país, y en el resto de la región, se producen procesos de redemocratización, que indudablemente modifican las conductas sociales de las personas, y su modo de habitar la ciudad. En cuanto al panorama mundial, se consolida un nuevo paradigma científico técnico basado en la microelectrónica, que surge a partir de la crisis del petróleo de los años setenta.

Este nuevo paradigma posibilitará un acelerado desarrollo de los medios de comunicación y de información. Junto con esto, se visualizan en el ámbito económico y político, por un lado, una creciente desregulación y por otro, como contracara de lo mismo, diversos procesos de globalización. Las consecuencias de todo este conjunto de procesos tan complejos, son muchas y variadas. Los estados nacionales, van resignificándose en el nuevo orden mundial, protagonizando cambios tanto para afuera como para adentro de sí mismos.

Como decíamos antes, ciertas categorías tradicionalmente aceptadas como naturales (rural-urbano, etc.) tienden a ser desnaturalizadas exponencialmente tanto a partir de modificaciones en el ámbito físico-espacial, como en el teórico.

La globalización no es un proceso único, ni unidireccional, sino más bien son muchos procesos que se dan a veces en forma paralela, y otras veces, en forma contrapuesta. Al decir de Antonio Garretón, hoy en día no ha desaparecido totalmente la sociedad industrial del Estado Nacional, pero ésta convive con un nuevo tipo societal: la sociedad post-industrial globalizada. En la sociedad industrial del Estado Nación, dice este autor, los actores sociales *"... eran predominantemente actores que se vinculaban al mundo del trabajo o de la producción, (...) y por otro al mundo de la política. La combinación de ambos (...) son los movimientos sociales. Estos eran los actores predominantes (...) El nuevo tipo societal, que podríamos llamar post-industrial globalizado (...) tiene como ejes centrales el consumo y la comunicación."* Uno de los actores sociales básicos de este nuevo modelo societal, es el actor identitario *"...se trata de actores en que el principio fundamental de construcción de sociedad tiende a ser adscriptivo y no adquisitivo (...) el lugar dónde nació, la edad..."*. (Garretón, 1999) Entonces el rol del joven en este nuevo modelo social, va a ser muy diferente del que asumió en épocas pasadas, como también será su vinculación con el espacio físico de la ciudad.

Este período de la sobremodernidad en palabras de Augé, -discusión en la cual no nos va a interesar detenernos en esta oportunidad- se caracteriza por la multiplicación empírica de los no- lugares. Esto es, como espacios donde no es posible detectar una simbolización ni de la identidad, ni de la relación social, ni la historia. Esta reflexión resulta muy útil a la hora de analizar los discursos de los grupos de discusión que abarcaron a las generaciones más recientes donde surge con claridad una fuerte tensión entre dos tendencias que los participantes detectan. Estas tendencias son, por un lado, la que refiere a la multiplicación de espacios de expresión y esparcimiento para los jóvenes así como también, a la generalización del acceso a la infraestructura necesaria para habilitar canales de expresión. (ej: instrumentos, computadoras, etc.) Estas condiciones habilitarían, pues, la explosión que se verifica en los últimos años de lugares y de prácticas y actividades realizadas por y para los jóvenes. No obstante, esta tendencia coexiste en el discurso con otra característica de la contemporaneidad que se podría resumir en la percepción de una homogeneidad difusa que no permite generar un fuerte sentimiento de identificación con el tipo de espacios (boliches, pubs, discotecas) que se multiplican en los últimos años.

Así, si bien la oferta de lugares, y más específicamente la oferta nocturna, ha aumentado, estos jóvenes que están entre los 17 y los 28 años manifiestan la incapacidad que sienten de terminar de sentirse a gusto con esa oferta que se vive y se entiende como homogénea, siempre son las mismas caras, siempre la misma mezcla de músicas que no logran condensar un estilo o una forma de vida capaz de proveer identidad. En este sentido, los lugares de las salidas nocturnas tienden a parecerse o a subsumirse en esa lógica que priorizando la circulación, la comunicación y el consumo, termina por socavar las posibilidades de simbolización de los espacios.

Hablar pues, de una cierta crisis de la capacidad de identificarse con los lugares o mejor dicho, no- lugares contemporáneos es hablar de una crisis de sentido la cual, a su vez, se vincula directamente con una crisis de la alteridad. Toda definición o construcción de sentido es relacional, esto es: se construye por diferenciación con lo que se identifica como “lo otro” que no es uno. En este sentido, en la medida en que el mundo contemporáneo cada vez más tiende a ser una equivalencia con el mundo urbano y en el que el campo o lo rural, como “otro” absoluto tiende a perder poder de referencia, se verifica esa crisis de la alteridad que diagnostica Augé para el mundo de la sobremodernidad y que, a posteriori, compromete las posibilidades de construir sentido. Las nuevas tecnologías de la comunicación, la circulación y el consumo se definen fundamentalmente por la ubicuidad y la simultaneidad, es decir, por la capacidad de borrar las presiones del espacio y del tiempo pero, al mismo tiempo, borran las especificidades espacio temporales que habilitan una identidad asentada localmente.

Un último fenómeno al respecto de este particular período contemporáneo que nos permite volver sobre las respuestas que los jóvenes dan a esta crisis de la alteridad y del sentido tiene que ver con el surgimiento y la consolidación que se verifica de lo que se ha dado en llamar “tribus urbanas”. Al respecto, y del modo más breve posible, podemos afirmar que estos fenómenos se hacen posibles en buena medida gracias a la infraestructura que caracteriza este nuevo paradigma de la microelectrónica que se describió antes y que, en el marco de una creciente globalización, comprometen la capacidad de distinguir un “otro” y de definir identidades. De esta suerte, a muchos jóvenes contemporáneos parece plantearseles la exigencia tácita –y a veces explícita cuando es aprovechada por la industria cultural- de producir diferenciaciones a partir de producciones y consumos culturales que servirán para definir fronteras, identificar otros y en última instancia construir sentido re-significando diversos espacios urbanos. Así, pues, hoy más que nunca es necesario hablar de juventudes en plural.

Análisis de la juventud en FUCVAM

El trabajo con FUCVAM obedeció a una demanda específica de la institución, surgida a raíz del trabajo sobre tribus urbanas recién mencionado y en convenio en el marco de la función de extensión con la FCS, de acercarnos a la población joven de las cooperativas con varias preguntas más concretas³⁶ y una operativización del problema que aquí no cabe mencionar.

Para trabajar el tema se seleccionaron dos cooperativas diferentes estructuralmente en aspectos considerados relevantes³⁷ y similares en otros³⁸, que ejercerían como “tipos polares” para generar información e insumos a espacios administradores de la federación.

³⁶ En general, relativas a la “participación” de los jóvenes en las cooperativas.

³⁷ Fundamentalmente, dos diferencias se tuvieron en cuenta: los “años” de cada cooperativa -COVICOES, con sus 33 años de historia, y COFEVI, con apenas 3 meses de ocupación de la cooperativa, presentan distintas intensidades y formas de participación que en parte derivan de estas mismas diferencias temporarias y en parte se pueden explicar por los propios procesos y características de cada una. A su vez, analizando la estructura de edades en ambas cooperativas se distingue que en COVICOES ésta es más envejecida que en COFEVI. Es importante, además de las distancias geográficas -donde entre otras cosas la red de “vecinos” en COFEVI se

En ellas se realizaron sendos censos poblacionales, con énfasis en aspectos sociodemográficos de los componentes del hogar; cuatro grupos de discusión, a jóvenes de entre 14 y 19 y 15 y 24 años en cada cooperativa, y un total de 12 entrevistas a integrantes de las comisiones directivas y referentes adultos.

Como todos los trabajos que se reseñan en este documento, el trabajo con FUCVAM no fue pensado para profundizar específicamente en un acercamiento etario al uso del espacio, pero también como ellos, sirve para ejemplificar algunos aspectos.

Concretamente, en este apartado se parte de una perspectiva que podríamos llamar “sincrónica historizada”, en tanto si bien el documento referido esboza la situación de la juventud y las relaciones intergeneracionales “actuales” en las cooperativas, se hace atendiendo a las características estructurales del espacio y la “historia” de cada una. Y en ese marco, se abordarán brevemente cuatro aspectos específicos: la atribución de sentido a los lugares, diferenciable por edades; la diferencia de hecho entre un acercamiento administrativo y otro desde la perspectiva de los usos; la aparición de conflictos en cierto sentido intergeneracionales en torno a los lugares; y la especificación de por qué “en cierto sentido”, problematizando el criterio de edad cronológica, presentando la noción de generación como herramienta fecunda desde diversas perspectivas y la adscripción al campo de muchos conceptos derivados de la edad.

En ambas cooperativas encontramos lugares que son ocupados por los jóvenes de manera privilegiada y a los que ellos confieren una significación particular: se *apropian* de ellos. Aparece así de vuelta la apropiación del espacio como dinámica vinculada con el uso sostenido en el tiempo y cargado de sentido de un espacio que se menciona en el capítulo sobre las tribus urbanas, y que se demuestra claramente perceptible claramente desde un abordaje etario.

Son mencionados por ejemplo por los jóvenes como lugares de reunión y/o referencia -intentando con esto dar una idea de lo complejo de los procesos que llevan a los jóvenes a utilizarlos, de la aparición de conflictos y de claras diferencias entre una lógica administrativa y una de los usos para acercarse a la perspectiva del habitante de la ciudad:

La escalera, que en COVICOES es uno de los espacios privilegiados por los jóvenes. Este “uso” del espacio acarrea problemas por la atribución de contenidos diferenciales por los

restringe a la cooperativa mientras en COVICOES se integran “vecinos del barrio”, el hecho de las diferencias en la planificación e implementación de la estructura edilicia de COVICOES y COFEVI, que generan diferencias en el relacionamiento interno (entre cooperativistas) y el resto del barrio. A grandes rasgos, puede mencionarse que, además de las diferencias en tamaño y número de habitantes, COFEVI parece estar pensada más “hacia adentro”, con calles de pedregullo, con grandes terrenos (en términos comparativos) para la construcción y producción (éste es el caso de una huerta orgánica)³⁷. COVICOES, por el contrario, presenta pasajes peatonales (más de tránsito) y pocos espacios destinados a ámbitos de interacción –éstos más chicos en tamaño que los de COFEVI-.

³⁸ Concretamente, el tamaño de las mismas es parecido: COVICOES está compuesta por 82 viviendas con un total de 225 habitantes en las 71 viviendas relevadas en el censo realizado para este trabajo, mientras en COFEVI de las 91 viviendas construidas 72 se encuentran ocupadas -70% del total-, siendo 214 las personas relevadas en dicho censo.

distintos habitantes, claramente, aunque con relativizaciones que se presentan más adelante, abordable en términos etarios: así, aunque esta apropiación en un primer momento pareció chocar con el carácter de lugar de paso de la escalera, y aunque parte de la población adulta expresa un cierto malestar por la situación y demanda que se administre, ahora es el ámbito físico donde los jóvenes de COVICOES se relacionan cotidianamente.

La cancha de volley es otro espacio de esta cooperativa, pero con características bien diferentes, ya que fue solicitado por los jóvenes a través de los mecanismos formales y la comisión directiva resolvió apoyar –aunque hay diferencias respecto a los motivos que la llevaron a ello- esta iniciativa. Pero este proceso no estuvo exento de conflictos, particularmente en el momento de la construcción: se está en presencia, así, ante otro tipo posible de conflicto por el espacio, referido más bien a la administración de las propuestas acerca de nuevos espacios y a su puesta en práctica. El ómnibus en COFEVI es también un espacio “cedido”, pero a diferencia del anterior, si bien había demandas por parte de los jóvenes de un espacio para ellos, la solución fue lo suficientemente *ad hoc* como para que no la aceptaran como propia. Fue utilizado un tiempo, aún hoy es un lugar de referencia, pero está descuidado y no es muy visitado. El uso parece correr por carriles en cierto sentido independientes -pero a la vez muy dependientes- de la lógica administrativa de los espacios.

El salón comunal de COVICOES y el galpón de COFEVI tienen características similares entre sí: no es un lugar del que dispongan los jóvenes con total libertad. Ambos salones pueden entenderse como espacios que, administrados por los adultos, son relativamente utilizados por los jóvenes para actividades especiales, aunque en los dos lugares se denuncia la dificultad del “trámite” y las exigencias, que no parece contemplar las rutinas ni las pretensiones de los jóvenes.

En síntesis: el uso de algunos espacios nos va acercando a tensiones intergeneracionales en las cooperativas relativas a la polifonía de la convivencia, y esto en muchos sentidos: las prácticas que tienen lugar en dichos espacios pueden incomodar a los cohabitantes o coudadores, pueden ambientar grupos o definir prácticas, pueden resolverse de muy distinta forma³⁹. Todo ello sugiere un nuevo problema: la administración de los usos del espacio, ya sea por canales oficiales o no oficiales -de hecho-, apareciendo en cualquier caso negociaciones y problemas⁴⁰: en este ejemplo, los espacios pueden ser cedidos a los jóvenes (y en este caso aceptados o no) o pueden preexistir y ellos los reconfiguran, y en este último caso se confrontan diferentes usos del espacio⁴¹.

Tienen lugar entonces diferenciales semánticos en el uso del espacio, y la edad parece ser un factor determinante. En este sentido, cabe realizar dos apreciaciones:

³⁹ Un tipo interesante de resolución, quizá más propiamente una deriva, introduce la temporalidad en los usos del espacio: de mañana, de tarde o de noche, por continuar con el ejemplo de la escalera, tienen lugar usos preponderantes diferentes.

⁴⁰ En este sentido, el acercamiento a los conflictos en el uso del espacio desde un corte etario, se realiza en este caso y a diferencia de en las tribus urbanas atendiendo al relato joven y a algunos correlatos, de otros jóvenes distintos, de adultos referentes del lugar.

⁴¹ El trabajo al que se hace referencia profundiza en este punto, estudiando las “políticas” de los jóvenes y las hechas *para* los mismos.

En primer lugar, es necesario relativizar la efectividad de un acercamiento en términos de edad cronológica.

Según la definición etaria de juventud que realiza el Instituto Nacional de la Juventud (INJU), ser joven implicaría tener entre 14 y 29 años de edad. Sin embargo, en los grupos de discusión de jóvenes realizados en ambas cooperativas⁴², surge una definición de juventud a partir de sus prácticas: jóvenes son los que realizan prácticas "de jóvenes" diferenciadas a las del mundo adulto y niño, como juntarse en los distintos espacios "colonizados" por ellos (tales como "la escalera" en COVICOES), ir a bailar, y en general vivir con sus padres y no tener hijos. Así, los participantes de los grupos de discusión marcan como límites etarios de los jóvenes de las cooperativas los 14 y 24 años, donde los 17 o 18 sería un corte que los divide al interior en dos subgrupos también con prácticas diferenciales –aunque todas de jóvenes–.

Sobre estas distinciones pueden mencionarse dos elementos: primero, es posible que la división en subgrupos de la juventud, que marcan entre los 17 y 18 años, guarde relación con la finalización de la formación en educación media; instancia que trae consigo transformaciones en los círculos o redes de interacción importantes (al menos en cuanto a instituciones educativas refiere) En segundo lugar, puede plantearse como hipótesis que la no-asistencia de los jóvenes (según definición del INJU) a los grupos de discusión entre 25 y 29 años, se deba entre otros, a una no-identificación de éstos con su condición de joven (a partir de la segunda definición según prácticas). Pero a su vez, y a pesar de esta tipificación emergente, el censo poblacional muestra que incluso entre los jóvenes que en términos etarios entrarían en la distinción mencionada hay prácticas y modos de ser y estar distintos.

En COFEVI, por ejemplo y con intenciones meramente sugerentes, probablemente no extrapolables a otras situaciones, hay una escisión clara entre los dos grupos de edad en los que separamos a los jóvenes, y a su vez entre los jóvenes de entre 14 y 19 años existen ciertas divisiones internas. Proponen que existe una fragmentación clara entre ellos; que están separados en subgrupos, y a su vez estos subgrupos son “etiquetados” por los adultos y por ellos mismos. A su vez, el tramo de edad de 20 a 24 años corresponde a jóvenes que están en una etapa vital claramente diferente, en la que estarían asumiendo roles correspondientes al mundo adulto: algunos tienen hijos, planean una vida independiente. En este marco, por ejemplo y claramente las personas de entre 20 y 24 años con hijos muestran pautas de conducta, estrategias discursivas diferentes, especificables, de las otras personas de la misma edad.

El relacionamiento entre ambos estratos, a su vez, en parte por su momento vital y también sin duda porque hace poco que residen en la cooperativa, es mínimo: no conforman un grupo cohesionado (ni siquiera se conocían todos los que asistieron al grupo de discusión). Es también interesante comentar como ejemplo que los jóvenes más mayores -que se distinguen a sí mismos de los “jóvenes adolescentes”- tienen un punto de vista bastante crítico sobre los menores (que podemos asimilar, en varios sentidos, al que los jóvenes adolescentes tienen de los niños de la cooperativa): son “jóvenes insoportables”, “muchos” y “con más vínculo entre sí que los más grandes”.

En segundo lugar, es posible estructurar los diferenciales semánticos en el uso del espacio utilizando las agrupaciones temporales en varios sentidos, entre los varios –todos fecundos- que pueden depositarse en estas categorías, diferentes del uso intuitivo de los términos que aparece como una clara referencia en el discurso, como una apelación con capacidad discriminatoria en, por ejemplo, las entrevistas a los integrantes de las comisiones y referentes adultos.

Por un lado, la noción de generación, como se señala en el trabajo sobre los trayectos urbanos pero en un sentido un poco distinto, alude a la historia compartida, al fundamento común. Como puede desprenderse de la aparición de categorías distintivas, la diferencia entre cooperativas permite algunas apreciaciones interesantes: de la edad de la cooperativa, de su temporalidad específica, se desprenden nuevos criterios de asignación de edades. Así, por ejemplo, de los “nuevos” en la COVICOES se espera una conducta específica, que se plasma también en usos del territorio identificables; o de los fundadores a su descendencia –una de las acepciones de la noción de “generación” se espera una transferencia del sentido del cooperativismo.

Por otro lado, de aquí se desprende la adscripción al campo –en el sentido de Bourdieu- que se considere, de las categorías de edad⁴³, que tiene a su vez consecuencias en usos diferenciales del espacio producto del entrecruzamiento de lógicas de varios campos: así, los jóvenes de edad, adultos en sus conductas y uso del espacio y viejos en la cooperativa; la tercera generación descendiente de los fundadores, joven en edad y en sus pautas, pero vieja para usar la cancha de volley...

De este modo, el acercamiento en términos temporales, etarios, al uso del espacio se demuestra una dimensión sumamente explicativa, que agrega mucha información relevante. Pero además, aparece el carácter contingente, múltiple de la categorías de edad, aparece en ellas una complejidad deconstruible de la que se esbozan algunos ejemplos y que, por otro lado, al abordarse multiplica a la vez que relativiza tanto la cantidad como la calidad de la información obtenida.

Propuestas de trabajo

La elaboración de este documento significó un nuevo desafío, que supuso, entre otras cosas, la re-construcción de lo hecho hasta el momento por este grupo que integramos y que implica necesariamente no sólo a lo que compartimos con los otros integrantes del grupo, sino con el intercambio que realizamos en múltiples instancias en los que hemos debatido con “otros” (arquitectos, docentes, urbanistas, otros sociólogos que miran y trabajan sobre o con la(s) juventud(es) o la vejez(ces) – relaciones de edad – y con la ciudad y sus espacios públicos,

⁴² Los mismos se construyeron distinguiendo tres subgrupos al interior de los jóvenes: de 14 a 19, 20 a 24, y 25 a 29 años respectivamente. De ellos, en ambas cooperativas se realizaron los dos primeros.

⁴³ Argumentada en varios trabajos, así por ejemplo en Cardeillac, J. 2003; Lanza, 2002, Scuro, 2002

(que son los principales ejes articuladores de este trabajo) desde otros ámbitos, desde otros sistemas de observación, y a partir de otras experiencias.

Hablamos de trayectorias vitales cuando hablamos de edad y de trayectorias urbanas cuando hablamos de ciudad habitada, y quizá por eso no pudimos evitar hacer un ejercicio de reflexividad sobre nuestra colectiva trayectoria en este proceso de investigaciones y estudios que hemos recorrido desde el año 2000.

Ese proceso grupal, poco ortodoxo en los parámetros “normalizados” en que se realiza investigación social, la forma y las condiciones en que lo realizamos, las consecuencias que supuso en diversos ámbitos, las externalidades (positivas y negativas) que implicó, así como todos los productos que generó, también estallan sobre un amplio haz de dimensiones. Sin embargo no es lugar este documento para describirlo y analizarlo, -aunque sin duda esta tarea tendrá que tener su tiempo y lugar-, tanto como proceso de aprendizaje, de crecimiento y de producción, como de formas de integración intergeneracional en ese proceso, que a los efectos del estudio de las relaciones de edad ha resultado- en una lectura pragmática- ser útil y rico, pero que sin duda excede como apuesta y proyecto a este objeto de estudio específico.

Esta apuesta entonces, se traduce en nuevas líneas de trabajo que estamos dispuestos a abordar, de forma conjunta, compartida, aún siendo desde el lugar de cada uno, desde los diferentes aquí y ahora individuales, en algo que pueda consolidarse aún más.

Algunas de las ideas que estructuran nuestros planes de trabajo a futuro son un abordaje sobre la construcción de la memoria urbana, que deviene de los hallazgos o reflexiones obtenidas a partir del estudio de las diferentes generaciones de juventudes en Montevideo. ¿Cómo se construye la memoria colectiva de la ciudad, su historia, sus significados comunes que estructuran una historia aun siendo estos “apropiados” de forma diferente por las diversas generaciones que lo atraviesan?. Cuales son los “olvidos”, y los “presentes”- que pertenecen al pasado?. ¿Cuál es la “memoria de Montevideo”, los hitos que la estructuran, que son las referencias necesarias para (re)construir su historia, para sostener una continuidad significativa en las diversas generaciones que viven la ciudad? ¿Dónde se encuentran los quiebres, los cambios, las permanencias? ¿Qué papel juegan las instituciones formales. O mejor aún las autoridades locales en esa re-construcción de la memoria urbana?. ¿Qué íconos, la representan?, dónde se encuentran éstos en el espacio?. Cómo es el vínculo que se establece en y con ellos por parte de las diferentes generaciones? ¿cómo se trasmite esa memoria, quien/es y cómo participan en esa construcción?. Existe sólo “una” memoria urbana? Se detectan conflictos entre diferentes agentes/actores/intereses en torno a la construcción de la memoria y sus efectos físico espaciales? Cómo operan las clases de edad en ese proceso de construcción?

Otra línea que a partir de lo hecho es de orden destacar como una deuda, es la articulación entre la perspectiva de género y la perspectiva de las relaciones de edad, que aunque esbozada en varias oportunidades no se ha profundizado. Existe bastante acumulación desde el uso de la ciudad y las trayectorias que en ella desarrollan diferentes agentes y/o sujetos en particular sobre las diferencias que pueden establecerse entre mujeres y varones, el uso que hacen de los espacios, como significan los mismos y cuáles son las referencias espaciales y simbólicas, entre unas y otros. Esto también sugiere líneas interesantes de análisis en torno a la “accesibilidad” urbana diferencial a nivel de género y clases de edad, así como indicaría o podría sostenerse como indicador de desigualdad social.

Por último, existe interés en articular experiencias de investigación y análisis que puedan desarrollar efectivamente trabajos interdisciplinarios y contribuir a fortalecerlos. Parece obvio la complementariedad enriquecedora que puede establecerse entre la lógica de la “planificación, administración y gestión de la ciudad” como una cuestión *técnica* y la “ciudad vivida o habitada” básicamente enfocada en los usos y significaciones que los sujetos hacen de ella. La planificación urbana no es sólo una proyección de *sujetos teóricos* que actúan en un *espacio teórico*, sino que deviene de los *usos reales* de sujetos reales, históricos, situados, con estrategias e intereses, en *espacios construidos* tanto física como simbólicamente. La inclusión en la planificación urbana de esta dimensión o mirada (de la que no siempre está exenta, por cierto) es sin embargo pasible de ser incrementada y cualificada.

Bibliografía

- Aguar, S.; Pos, M.; Reffo, A.; Rey, R.** *Las nuevas formas de la arena.. Alternativas teórico-metodológicas para el estudio de la ciudad.* Ponencia presentada en el IV Coloquio de Transformaciones territoriales. Octubre 2001.
- Arnold, M** *Epistemologías sistémico constructivistas y sus efectos en la investigación social.* Revista Sociedad Hoy. Vol 1 N°s 2-3 1999. Universidad de Concepción. Chile.
- Augé, M.** *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos.* Gedisa. Barcelona, 1998.
- Augé, M.** *Hacia una antropología de los sueños y de los no lugares en* Halperín Jorge *Pensar el mundo.* Buenos Aires Ed. Planeta 1997.
- Barthes, R.** *Semiología y urbanismo.* Conferencia presentada en la Universidad de Nápoles. 1970. En Barthes, R. *La aventura semiológica.* Paidós.
- Bell, D.** *Las contradicciones culturales del capitalismo.* Alianza Universidad. Madrid, 1982.
- Bourdieu, P.** *La distinción.* Taurus. Madrid, 1991.
- _____. *Sociología y Cultura.* Grijalbo. Méjico, 1990
- Cardeillac, J; Farías, E. Iervolino, A, Noboa,L.; Scuro, L.** La apropiación juvenil del espacio urbano a través de diferentes generaciones. Ponencia presentada en el IV Coloquio de Transformaciones Territoriales. Octubre 2001.

- Cardeillac, J** *Vejez y Sistema político. Una aproximación a la construcción social de la vejez en el Parlamento.* Ponencia presentada en Jornadas de Investigación Científica de la FCS Octubre 2003.
- Castells, M.** *La era de la información.* Alianza Editorial. Madrid, 1996
- Elias, N.** *Sobre el tiempo.* Fondo de Cultura Económica, México. 1989
- Escobar, A.** 2000. *El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar. ¿Globalización o postdesarrollo?* En. Edgardo Lander (Compilador), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas.* Buenos Aires: CLACSO
- Filardo, V.,** Coordinadora, *Tribus urbanas en Montevideo. Nuevas formas de sociabilidad juvenil.* Trilce, Montevideo, 2002.
- Filardo, V.; Muñoz, C.** *Vejez en el Uruguay. ¿hacia una sociología de las relaciones de edad?.* En Mazzei, E (comp.) *El Uruguay desde la Sociología. Integración, desigualdades sociales, trabajo y educación.* Departamento de sociología-FCS-UDELAR. 2003
- Filardo, V et al** “Juventud (es) y relaciones intergeneracionales en cooperativas de FUCVAM” Informe de investigación del Convenio FCS-UDELAR-FUCVAM. Diciembre 2002.
- Foucault, M.** *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber.* Siglo XXI. México, 1977
- Garretón, M.** *Transformaciones sociales y reconstrucción de los Estados Nacionales.* Ciccus. Argentina, 1999.
- Jameson, F.** *Teoría de la Posmodernidad.* Trota. Madrid, 2001
- Krauskopf, Dina** *Dimensiones críticas en la participación social de las juventudes* En Balardini, S. (comp.) *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo.* CLACSO. Buenos Aires, 2000
- Lanza, J. M. (2002)** *El significado de la vejez en la plástica y el teatro.* Informe final del taller de sociología de la tercera edad. FCS. Montevideo (inédito)
- Levi, G. Y Schmitt, J. C.** *Historia de los jóvenes.* Taurus. Madrid, 1996
- Martín, M. E.** *Construcciones conceptuales en torno a la juventud.* Ponencia presentada en las IV Jornadas Sociológicas. Facultad de Ciencias sociales. Universidad Nacional de Buenos Aires.
- Margulis, M.** *La juventud es más que una palabra.* Biblos Buenos Aires, 1996.
- Margulis, M. Y Urresti, M.** *La construcción social de la condición de juventud.* En:
- Margulis, M et alt.** *Viviendo a toda.* Siglo del Hombre. Bogotá, 1998.
- Passerini, L.** *La juventud, una metáfora del cambio social.* En: *Historia de los jóvenes.* Taurus. Madrid, 1996.
- Pérez Islas, J.A.** *Memorias y olvidos. Una revisión sobre el vínculo de lo cultural y lo juvenil.* En: Cubides, H; Laverde, M.C., Valderrama, C. (editores) *Viviendo a toda Jóvenes territorios culturales y nuevas sensibilidades.* Fundación Universidad Central Siglo de Hombre Editores. Santa Fé de Bogotá, 1998.
- Safa, Patricia,** *"De las historias locales al estudio de la diversidad en las grandes ciudades. Una propuesta metodológica",* en Bayardo, Lacarrieu (comp.) *Globalización e identidad cultural,* Buenos Aires, Ciccus, 1997

Santos, Milton *Técnica Espaço tempo Globalização y meio técnico científico informacional*. Editora Hucitec. Sao Paulo 1996.

Sarlo, B., *Escenas de la vida posmoderna*. Ariel, Bs. As., 1994.

Scuro, L. (2002) *La vejez en la política en el Uruguay*. Informe final del taller de sociología de la Tercera Edad. FCS. Montevideo (inédito)

Soja, E. *Postmodern Geographies. The Reassertion of Space in Critical Social Theory*.

Marston Book Services California 1989 www.iigov.org/resenas/?p=5_0122